

860-3
840-3

UN

Literatura

SL X-131
VII-76

ARTISTA.



Novela original.

POR

D. J. D. DUGOUR.



R

117431

1855.

SANTACRUZ DE TENERIFE.
IMP. Y LIB. DE LA VIUDA É HIJOS
de D. Vicente Bonnet.



SALVADOR.

Adieu, adieu my native Shore!

LORD BYRON.

Si; Salvador era su nombre.

Las deliciosas campiñas que riega el caudaloso Bétis, habian visto nacer á este precioso niño. Hijo tercero de una numerosa familia, el cielo le habia dotado de una hermosura poco comun; su estremada dulzura, su docilidad, y sobre todo la sensibilidad de su juvenil corazon le distinguian entre todos sus hermanos.—Estos éran ágiles y robustos, y él afeminado, débil, y por

consiguiente incapaz de sobrellevar las faenas del campo, superiores con mucho á sus fuerzas; de donde provenia que aunque procuraba cumplir su tarea con toda puntualidad era, sin embargo, objeto siempre de la burla y desprecios de sus hermanos. Su padre, soldado de la Independencia, como lo acreditaba en los dias festivos el raído uniforme azul con que se envanecía, no podia tolerar la poca actividad de Salvador; achacábala á pereza; le reñia, se encolerizaba, y concluia eternamente por imponer al desgraciado niño un severo castigo. Salvador sufría y callaba; y retirado á un rincón de la cabaña, devoraba en silencio el pedazo de pan moreno que cubria con sus lágrimas.

Entonces era cuando Rosalia, su buena madre, se compadecia de su pena, no atreviéndose á manifestarle su maternal cariño delante de su marido; pero, apenas éste se ausentaba con sus otros hijos, ella acariciaba á Salvador, y lloraba con él. ¡Dulce cariño de una madre! ¿qué seria de la criatura en esta tierra maldecida, sin el inefable consuelo que derramas en nuestros corazones?....

Salvador crecía, y crecían también á la par el desprecio de su padre, y los sarcasmos de sus hermanos; su rostro bellissimo hubiera causado envidia á la mas hermosa muger; y su alma era pura como la creacion.... un tinte de melancolia derramado por sns interesantes facciones, revelaba los padecimientos de su corazon. Rubens entusiasmado hubiera creído ver en él el modelo de su Madonna, y Murillo comparado su semblante al de la Virgen de los siete dolores!

Ah! nadie comprendía á Salvador..... muchas veces al llevar al prado vecino las cinco ovejas confiadas á su custodia, se sentaba en la mullida yerba, y contemplaba arrobado la bella Naturaleza. Fijos los ojos en las maravillas que por todas partes se ostentaban á su vista, olvidaba sus penas; su imaginacion le trasportaba á un mundo ideal, henchido de ilusiones. Entonces era cuando se revelaba su genio de artista..... hubiera trocado todas las riquezas del universo por un lápiz, por un pedazo de papel!

Pero, cuando el sol se ocultaba detrás del horizonte, cuando la esquila del pesado buey anunciaba la vuelta del labrador, en-

tonces era forzoso retornar á su casa: desaparecian las májicas ilusiones, y sus ojos se inundaban de lágrimas.

Acostumbraba su padre concurrir en cierta época del año á una feria cercana, para realizar los productos de su reducida heredad, y acostumbraba igualmente traer á sus hijos algunos regalillos: Aun que severo é inflexible, el anciano soldado amaba á Salvador, y habiendo notado su afición á esas que él llamaba fruslerias, compróle un lápiz y algunas toscas pinturas..... Todos los jóvenes esperaban con ansia la vuelta de su padre.

— ¡Cuántas cosas nos traerá!..... Si me comprara una escopeta, decia el mayor, no dejaria pájaro vivo, en todas estas cercanías.

Salvador se estremecía diciendo «pobres pajarillos! ,..

— Mas quisiera yo una guitarra, añadía otro; verias que pronto tocaba mejor que Matias el herrador.

Cada cual espresaba su deseo.... pero Salvador callaba, pues no podia esperar cosa alguna; su padre le habia reñido fuertemente la víspera por dejar con sus distra-

eiones que se estraviase la mas hermosa oveja, nada, era seguro; nada debia aguardar.....

—¿Y tu que quisieras. Salvador? le preguntó su hermano mas pequeño.

—¿Yo?.... y no alcanzó á proseguir el jóven artista.

—Bah! que le han de traer! dijo el mayor ¿No sabes que la echa de señorito, y que padre le riñó ayer?.... Vean vdes. qué pastor!.... Dejar perder la oveja negra! Díce muy bien padre, cuando asegura que para nada sirves.

El pobre niño devoraba en silencio las burlescas espresiones de su hermano, retirándose al pajar; sitio que habia elegido para sus meditaciones.

Llegó por fin la deseada vuelta del soldado. Sus hijos le abrazaron abrumándole con mil preguntas, mientras que Salvador, algo apartado, no se atrevía á mezclarse en el comun coloquio.

Su padre lo notó; y dirigiéndose à él, le dijo.

—¿Y qué, Salvador no me abrazas?

—Oh si, padre mio! y sus brazos estrecharon convulsivamente al autor de sus

días.

—Mira, también he traído un regalo para ti.

—Un regalo! gritaron á la vez los otros niños, admirados del proceder de su padre.

—Si; toma; creo que le gustará, y espero que te aplicarás de mejor grado á cumplir con tus obligaciones.

Salvador, al ver el lápiz y las pinturas, no pudo contener la efusión de alegría que se apoderó de su alma.

—Dios mio, un lápiz!.... y el estrecho abrazo que dió á su padre, así como las lágrimas que no pudo contener, dieron á conocer al anciano que no se había engañado en su elección.

Rosalía estaba absorta... Contemplaba muda de admiración una escena tan hermosa; su corazón de madre se regocijaba con la ventura de su hijo, como se regocijan los ángeles cuando llega un alma á la mansión celeste.

Salvador no cesaba de examinar su tesoro; todos los días dibujaba algún árbol con sus formas estrañas; pero, las flores... ah! las flores eran sus modelos favoritos... Copiaba la naturaleza en todo su esplendor.

dor; y en sus croquis informes traslucíase la inspiración del artista.... Oh; ya era feliz Salvador! Su padre le dejaba entregarse á su ocupación favorita; pues aquel hombre, rústico y franco comprendió al punto que su hijo no había nacido para la agricultura.

— Cuando sea un hombre, decía en sus adentros, tal vez hará una brillante fortuna; pero ¿que es un pintor en el mundo?... Hablando así, encojía de hombros, y no fiaba mucho en el precoz talento de Salvador.

Mientras tanto, nuestro jóven se perfeccionaba visiblemente; ya no eran tan informes sus bosquejos; los contornos adquirían una suavidad, una expresión asombrosa: sus claros oscuros revelaban una mano de artista. La naturaleza solo era su maestro.... y el jóven discípulo se aprovechaba asombrosamente de sus lecciones.

Un accidente imprevisto cambió de repente la suerte de Salvador. Su padre al querer atravesar una zanja que separaba su heredad del camino real, cayó en ella y se fracturó un brazo recibiendo al mismo

tiempo varias contusiones en la cabeza; transportaron al anciano á su cabaña, y despues de algunos dias de padecimientos y de dolores, sucumbió entre los brazos de su desolada familia.

El hermano mayor se encargó entonces del cortijo, y protestó que si Salvador no trabajaba como los demas, no podia mantenerle. En vano su madre protegía á su querido hijo; Salvador mismo se negó á recibir beneficios que en cierto modo le degradaban á los ojos de la familia; aunque bueno y virtuoso, indignóse viendo la avaricia de su hermano. Determinó, pues, dejar la casa paterna, y buscar su existencia por el mundo,.... Comunicó su proyecto á la familia reunida, y todos se alegraron de su determinacion, que les libertaba, como decian, de un holgazan. Rosalia solamente se opuso á tal proyecto, y juró que Salvador se quedaria en casa como siempre, pero, nuestro jóven se negó absolutamente á ello diciéndola: «Permitidme, madre mia, que me ausente; no tengo edad suficiente para saberme conducir: algun dia vovereis á ver á vuestro hijo, y entonces tal vez no os pesará.

Fajó por fin el día de la partida, y la víspera, se encaminó al cementerio para orar sobre el sepulcro de su padre.... Oíó con fervor, con entusiasmo; y despues de haberle implorado para que desde la mansion de los justos se dignara bendecir á su hijo, retiróse con el corazon satisfecho de haber cumplido tan piadoso deber.

Su madre, sumerjida en llanto, preparó los escasos efectos que debia llevar su hijo; y al despedirse le entregó una carta de dibujo forrada de tafete verde que habia mandado á comprar para él á la ciudad vecina.

Amarga fué la despedida para su corazon maternal. Salvador la cubrió de besos, pero al fin, desprendiéndose de sus brazos, hizo una ligera señal con la mano á sus hermanos, que con gusto le dejaban partir, y salió precipitadamente al camino.

Cuando hubo andado un buen trecho, volvió la cabeza para despedirse, por la última vez quizá de la casa donde se deslizara su infancia..... Una lágrima brilló en sus ojos.... y poco á poco los árboles ocultaron la pobre cabaña, hasta que desapare-

ció enteramente.

Cualquiera, al mirar la cara angelical de nuestro jóven viagero, su pepaefio ho de ropa colgando del nudoso baston que llevaba al Lombro derecho, y la hermosa cartera en la mano izquierda, creeria que su senculo vestido cubriese el delicado cuerpo de una tierna doncella, que huyera del solar paterno. Entretanto, Salvador seguia el ancho camino que conduce à Sevilla la Andaluza, y su imaginacion juvenil se creaba va de antemano mil fantásticas ilusiones. Al fin era libre..... libre como el ave que se eleva en la region celeste; poco le importaba su porvenir; ¡poseía un lápiz y una hermosa cartera..... ¡Qué mas necesitaba para hacer fortuna?

Apenas habia andado cuatro millas, cuando de repente se detuvo. El sol cercano ya al zenit iluminaba toda la creacion.... ¡Que magnificencia! Siéntase al pié de un antiguo naranjo; el aire embalsamado de las flores comunica à su alma entusiasta un desusado fuego; álzase el genio de la inspiracion; desplégase como por encanto el terso papel; el lápiz está en sus manos, y el espectáculo encantador que se desarrolla

á su vista, se traslada con toda su magia
 á la blanca lamina. El artista ha imitado á
 Dios; ha copiado una de sus obras; todo
 tiene vida y movimiento en el fiel traslado... El
 majestuoso Belisario sus blancas y delga-
 das barquillas que se afanan por vencer la
 rápida corriente; la pradera esmaltada de
 flores que brillan como diamantes be-
 ridos por los rayos del sol; el apretado ce-
 baño de ovejas que luce en el centro como
 una isla en medio del Océano; la hermosa
 quinta, que se eleva á lo lejos en aquella
 eminencia, con sus desiguales ventanas y
 sus blancas paredes, la sencilla hermita,
 situada mas atras, de la que lucen tan solo
 el negro techo y el rústico campanario;
 luego á la izquierda el verdoso monte de
 olivos mecido por el viento caprichoso, y
 en el fondo Sevilla la hermosa; cuyas gi-
 gantescas torres levantanse silenciosas como
 el frio simulacro de los héroes de los pa-
 sados tiempos... ¡ah! todo esto se habia
 trasladado fielmente al estrecho cuadro, á
 modo de una ilusion de optica. Salvador ha-
 bia nacido la infancia del arte: Salvador
 era pintor... era artista!

Ha concluido su obra... El lápiz aban-

donó sus manos y cae en la frondosa yerba. Toca de continuo su abrasada frente, reflexiona y suspira. De repente dobla su cartera; guarda cuidadosamente su precioso dibujo; toma su bastón, su pequeño lió.... y se apresura á llegar á Sevilla antes que la noche cubra con su sombra opaca el camino que ha de seguir.

La séptima hora de la tarde sonó el reloj del convento de Capuchinos, al tiempo que un jóven hermoso se dirigia á la porteria para pedir sin duda la hospitalidad por aquella noche. Dos veces el hermano portero abrió los labios para preguntarle y dos veces contestó el jóven. Al instante fué admitido en aquel recinto de piedad.

CAROLINA,

Bella como los ángeles de Milton.
maligua como los diablos de Klopstock.

BALZAC.

Sevilla, con su cielo azul, sus odoríferos naranjos y sus amables doncellas, sacudia el pesado sueño de una noche de verano.

Amanecía en la populosa ciudad, y ya, como por encanto, se notaban en la hermosa Capital Andaluza los mil ruidos que siempre produce una desusada animacion. El alegre barrio de Triana, adornado como para un dia de fiesta, lanzaba hacia la Plaza mayor su turbulenta y chancera poblacion, deseosa de gozar la gran revista que en aquella mañana debia efectuarse. La curiosidad innata en el corazon de todos los hombres, es para el pueblo Andaluz una verdadera necesidad. Sabia que José Bonaparte, rey intruso de España, y á quien designaba con dieterios, á veces injuriosos debia presidir la funcion militar. Miraba á los soldados franceses que cercaban al Monarca como otros tantos enemigos; y sin embargo, por una anomalia inesplicable en otros paises, pero muy natural en Sevilla, se apresuraba á acudir á la fiesta militar; los hombres para lucir su airoso y pintoresco frage, y las mugeres para ostentar su garbo y tener ocasion de lanzar á sus *amartelados* algunas de esas ojeadas que matan de amor. En general, el pueblo es curioso por excelencia, y acude siempre presuroso á mezclarse al bullicio, siquiera para sacu-

dir por un instante el incesante y monótono trabajo que embarga de continuo su existencia.

Desde las primeras horas del día, un gentío inmenso ocupaba ya las avenidas y toda la circunferencia de la plaza en donde debía verificarse la revista. Numerosos batallones franceses con uniformes de gala permanecían, con las armas en descanso, escalonados en el centro; mientras que algunos piquetes de caballería guardaban las bocas-calle. Reinaba en las filas un profundo silencio, y la más exacta disciplina demostraba asaz que aquellos eran soldados de Napoleón. El pueblo, al ver tan marcial continente moderaba su odio, y solamente de vez en cuando lanzaba á la ventura algunas pullas y sarcasmos.

Entretanto Salvador, despertado por los repiques de campaña y el ruido de los tambores que griaban á las tropas desde sus cuarteles hasta el punto de reunion, se arrojó del lecho hospitalario; vistióse apresuradamente, y despues de dar las gracias al grave guardian del convento que le albergara, se dirigió á la iglesia. Allí, prostrado ante la imagen de Jesus, recitó en voz

haja una ferviente oracion, y salió tranquilo á recorrer las calles.

Por casualidad ó por instinto, dirigió sus pasos hácia la Plaza, y como uno de tantos curiosos determinó gozar el nuevo espectáculo que iba á desarrollarse á su vista.

=Ya viene la comitiva, dijo una voz.

Y al instante millares de cabezas, como obedeciendo todas á la vez á un impulso mecánico, se volvieron hácia uno de los ángulos de la Plaza.

=Sí, sí; ahí viene el rey *Pepe*; dijo sonriéndose un jóven de pálidas facciones.

Callad, imprudente, replicó un anciano, no con denuestos debemos manifestar nuestra repugnancia al poder intruso. Con las armas en la mano y no con insípidas charzonetas se debe libertar la patria.

Salvador, al oír las últimas palabras del anciano, suspiró amargamente, pues acababa de cruzar por su mente un tierno recuerdo de su padre.

El fuego del patriotismo se alzaba en su corazón con mas fuerza que nunca, y abrasaba su alma con toda la violencia de

que es capaz el privilegiado genio de un artista. Iba á tomar parte en la discusion con el objeto de apoyar al anciano, pues el jóven daba muestras de no abandonar tan pronto el terreno, cuando los redobles de tambores, y el estruendo de la música que tocaba sin interrupcion, vinieron á comunicar otro giro á sus ideas.

Tenia delante de si al rey José, al primogénito de esa familia de principes que hallaban tronos doquier, y que como brillantes satélites giraban en torno del resplandeciente planeta llamado Napoleon. El aspecto de José Bonaparte no le repugnó como creia, y á pesar de buscar minuciosamente en su persona y talento los mil defectos que la voz popular le achacaba, encontró al revés en aquel hombre elevado al solio español, un conjunto agradable, finisimos modales y en su rostro, algo frio y descolorido, un matiz de bondad y mansedumbre que no esperaba hallar en él. Seguía un brillante y estrepitoso Estado mayor, ostentando un lujo de bordados que contrastaban visiblemente con el porte sencillo del monarca; y entre este séquito, compuesto en su mayor parte de oficiales franceses, se

notaban, sin embargo, algunos españoles que ocupaban á la sazón altos puestos en la Administracion y en el ejército del nuevo gobierno.

Las maniobras principiaron inmediatamente; y aunque las brillantes evoluciones de las tropas, y la rapidez y precision con que se ejecutaban tenia cautivada la atencion de los espectadores, no así sucedió á Salvador, que habiéndose retirado del genio que coronaba las aceras de la Plaza, se sentó triste y meditabundo sobre un guardacanton, reflexionando en el estado de su patria y en el porvenir de España. El fuego del patriotismo y el del genio ardian á la par en su corazón, desde que habia comenzado á comprender la maquiavélica politica de Bonaparte con respecto á la Península. El jóven pintor, hijo de un valiente, no podia permanecer insensible á la humillacion de su pais, y al ver cercada de tropas extranjeras una de las mas bellas ciudades de España, no cabia contuviese su despecho, y palabras de vergüenza y de maldicion se escapaban de sus labios.

De pronto, y cuando mas engolfado se hallaba en sus desgarradoras ideas, sin-

tió deslizarse por su rostro un blanco y perfumado pañuelo que al punto cayó á sus pies. Apresurarse á levantarlo, y volver la vista hácia el balcon que estaba sobre su cabeza, fué obra de un momento. Vió en él á varias señoras que desde allí contemplaban las maniobras del cuerpo de ejército; y no sabiendo á cual de ellas dirijirse para devolver la prenda que habia recogido, permaneció indeciso en el umbral de la puerta, mirando alternativamente ya al balcon, donde todos los ojos estaban fijos en la plaza; ya al pañuelo, que por su calidad y ricos bordados debia pertenecer á una de aquellas jóvenes. Suponiendo, pues, no ser visto, y aguijoneado por una curiosidad, perdonable á los diez y ocho años, desdobló el lienzo, y examinó con escrupulosidad todas las puntas con el objeto de descubrir un nombre, un indicio cualquiera por donde viniese en conocimiento de quien era su dueño. No fué vana su diligencia, porque distinguió al punto esta palabra primorosamente bordada «*Carolina.*»

Salvador era estremado en todo; sus delicadas fibras, en el estado de irritacion en que se encontraban, poblaron al instante su

práctica imaginación de mil sensaciones verdaderas.

Carolina!... este nombre halagaba su oído como una música celestial. La que tal nombre tuviese debía aparecer á sus ojos como el conjunto de las gracias, como la hada de sus sueños. Pobre jóven! de aquí en adelante, tres tiranos iban á disputarse su existencia: el arte, la patria, el amor.

Entretanto habia concluido la revista; el pueblo retornaba á sus casas y la tropa á sus cuarteles, pero Salvador permanecía en el mismo punto: respirando el embriagador aroma que despedía su tesoro y con la vista clavada en el balcon, aguardaba que la casualidad, quizá fatal para él, le diera á conocer á quien pertenecía el pañuelo. Al desfilar el Rey con su comitiva para retornar á la casa de Gobierno, que habitaba momentáneamente, pasó por delante de las señoras; que se apresuraron á vitorearle, agitando todas en el aire sus pañuelos. Salvador miró entonces con suma atención, y reparó en una lindísima jóven que con un gesto gracioso saludó con la mano al monarca. Palpitó fuertemente su corazón, por que sin duda aquella bellissima doncella era

la que buscaba.

Pasó por delante de él el régio sèquito sin que se dignase siquiera arrojarle una mirada. Toda su atencion se habia concentrado en un solo objeto; sus ojos como los de la fascinadora serpiente que atrae à la presa magnetizándola, permanecian fijos en aquel centro de donaire y hermosura, cuando de repente se dilataron sus pupilas, el carmin de sus mejillas desapareció como por encanto, y su fisonomia, antes dulce y bondadosa, se tornó enojosa y hasta colèrica. ¿Que pudo cambiar tan de súbito el tranquilo aspecto de Salvador? Ay de mí! Carolina, risueña y al parecer feliz, saludaba à la sazón à un jóven coronel de húsares, ginele en un hermoso alazan de raza andaluza. El coloquio se prolongaba, y en vano el infeliz artista, con el cuello tendido y el oido alerta, procuraba escuchar las palabras que ambos jóvenes se dirijian: nada pudo oomprender, pues usaban el idioma francés en su diálogo.

Salvador, con aquella fuerza de intuicion, privilegio esclusivo de los artistas, procuró grabar en su memoria las facciones del elegante coronel, mientras que este

se despedía, después de haber recogido con habilidad prestidigitadora una rosa blanca que la jóven desprendió de sus cabellos. Riéndose los dos amantes, pues al parecer lo eran, y después de dirigirse mutuamente algunas palabras de despedida, enderezó el jóven las riendas, prció el caballo, y desapareció como un torbellino.

=Ehorabuena, dijo Salvador con sordo acento: tu te llevas una rosa; pues yo llevaré el pañuelo.

Y semejante al malhechor que teme le descubran con el robo que acaba de hacer, fuese alejando poco á poco cabizbajo; y girando después por las aceras de la plaza, se colocó en el lado opuesto, pero frente á frente á la casa donde habia visto á la jóven.

Allí esperó largo tiempo: por fin una berlina descubierta se detuvo en el pórtico del edificio, á la cual subieron dos mujeres una de ellas era Carolina.

La berlina rodó pausadamente, atravesó algunas calles y últimamente se paró ante la fachada de antiguo edificio; pasaron el umbral las dos señoras, y Salvador que las habia seguido de lejos, dijo.

=Bien: esta es su casa. Oh! he de verla,

he de hablarla.

UNA AFRANCESADA.

Las dos pasiones principales que se apoderan del corazón de una mujer durante el trascurso de su vida, son el amor y la ambición; la coquetería y la intriga son los dos conductores eléctricos que anudan la una con la otra.

JORGE SAND.

La Condesa de D.... era una de aquellas mugeres dotadas de hermosura, pero al mismo tiempo víctima de una constitucion linfática, ardiente y como en cierto modo adormecida. Educada en un convento bajo las rígidas prácticas del mas avanzado ultramontanismo, conoció desde luego, por la lucha que experimentara su interior con la vida escolástica que llevaba, cuan difícil la seria amoldar su carácter ardoroso á aquella monótona mansedumbre. Asi es que solo se logró hacer de ella una verdadera mogigata. Llegó hasta obtener de sus compañeras el dictado de *Santa*; y aunque á solas per-

manecía horas enteras ante su pequeño espejo de novicia, observando con satisfacción y orgullo el diario desarrollo de sus encantos, calculando con frialdad metódica y asombroso raciocinio, las grandes ventajas que su brillante hermosura la proporcionaría en el gran mundo, en público aparecía la hipócrita doncella con tan estudiado rubor, con una parte tan angelical, con tan púdicos ademanes, que causara admiración al más ascético personaje.

Sus padres, viejos cortesanos de Carlos IV, espantados del giro que toman las ideas de su hija, pues habían dispuesto con anticipación de su mano, y temerosos de que contrariase sus designios, apresuráronse à sacarla del convento para enlazarla con el conde de D.... militar achacoso y misántropo en extremo. Estremeciése la jóven cuando vió por la primera vez al que iba à ser su marido; pero diestra en el arte de engañar, opuso, aunque débilmente, sus escrúpulos religiosos al mandato paternal; y fingiendo quedar luego convencida, celebró su matrimonio con el anciano.

Bien conocía la taimada Señora que so-

io cambiaba de cadenas, si bien estas eran doradas; esclava antes con las blancas tocas de pensionista y esclava ahora con aderezos de diamantes.

Mientras vivió el conde, supo mantener á raya la turba osada de brillantes amadores que la dirigian de continuo mil obsequios; y si para satisfacer los amorosos deseos que la aquejaban, distinguió á algunos, fué solo por momentos; porque queria pasar su tiempo de prueba con fidelidad. Cuando la muerte de su esposo la dejó libre y poderosa comenzó verdaderamente su reinado, y entonces figuró entre las mas hermosas mugeres galantes de su época. Satisfizo completamente todos sus caprichos, y cuanto mas contrarios se mostraban á la general opinion, mayor era su esfuerzo en ponerlo por obra. Asi fué como á pesar de las antiguas tradiciones de su familia, que por razon y por deber se mantenia adicta al antiguo régimen, llorando continuamente al prisionero de Valencey, se lanzó ella en la bandera opuesta, abrazó con ahinco el partido de José, y fué la mas acérrima afrancesada.

La misma regla de conducta habia ob-

servado con respecto á la adopcion de Carolina, huérfana de una ilustre casa, y algo emparentada con la suya. Personas juiciosas y reflexivas presentaron sus objeciones á la frívola condesa: pero apoyada en el valimiento que la proporcionaban sus relaciones, con el nuevo gobierno, triunfó de todos los obstáculos y llevó consigo á la interesante jóven. No obró de este modo por cariño ni por un sentimiento de piedad; la huérfana la era indiferente: pero que como presentia, no siempre brillaría su estrella, quiso rodearse de otra aureola que llamase sin interrupcion á sus esplendidos salones á la florida juventud, y conservar por este medio el crédito de que gozaba entre las notabilidades del gobierno de José, salvo el sacrificar despues á su hija adoptiva a sus ambiciosos proyectos.

La jóven Carolina, bella y rodeada de homenajes, secundaba perfectamente y sin saberlo las maquiavélicas intenciones de su protectora. A costumbrada desde su tierna edad al mentido language que llamamos *de convencion*, no habia fortificado su espíritu contra los embates de las pasiones. Educada, digámoslo asi, por la Condesa, y do-

tada también de cierto fondo de natural malignidad, dejábase deslizar descuidadamente por el florido declive que entre aromas y loores la llevaba á su perdición. Recibía los obsequios de sus adoradores, como incienso debido á su extraordinario mérito, y como una forzosa consecuencia del poder de sus encantos: sin embargo, su corazón aun inocente jugaba con el amor cual pudiera hacerlo un niño con un instrumento de muerte; y con poca diferencia, trataba á sus amantes como trataba á su loro querido ó á su gato favorito.

Tal era la jóven beldad á quien Salvador quería entregar su alma.... su corazón noble y puro.... su fé de artista.

RESOLUCION.

LUISA. ¿Amante y tímido? ¿cuanto daría yo por ver este fenómeno!

AMELIA. Pues es un fenómeno si tu quieres; pero nada tiene de raro y podrás verlo ahora mismo.

Salvador pasaba muchas veces al día por la calle en que vivía Carolina. Solía pa-

rarse en seguida delante de la antigua casa, cuya fachada era una obra perfecta del estilo arquitectónico de la edad media, si bien sobresalía en ella el gusto oriental, así como también en la disposición de las habitaciones interiores. No había vuelto á ver á la encantadora que ocupaba de día y de noche sus pensamientos, ni siquiera percibido al través de las ojivas del balcón el admirable perfil de la huérfana. A veces le daban tentaciones de penetrar en la casa, bajo cualquier especioso pretexto; pero al instante echaba una ojeada á sus vestidos; alzaba los hombros y pasaba de largo.

Perseguido por ese amor que le mataba, quiso, en los cortos momentos en que la razón recobraba su imperio, copiar en su álbum todos los monumentos artísticos de que tanto abunda Sevilla. En uno de aquellos días consagrados al estudio de las Bellas artes, volvía contento y satisfecho á su pequeña habitación, pues había logrado reproducir con suma verdad la vetusta Torre del Oro que aun se ostenta á orillas del Guadalquivir, cuando guiado por los punzantes deseos de su loca pasión, se dirigió hacia la calle en que vivía Carolina. Habíale mil ve-

ces ocurrido entrar en casa de la huérfana con el objeto de entregarle su pañuelo; pero además de parecerle poco á propósito semejante medio, no queria desprenderse del único recuerdo que templaba los sombríos impulsos de su fantástico amor. De repente, al echar como siempre una ojeada dolorosa sobre el historiado palacio, parecióle distinguir por entre las celosías dos ojos negros, claros y lucientes cual dos estrellas. Detienese el mancebo; y resuelto á no dejar escapar tan buena ocasion, se establece en la acera opuesta, abre el album, y se empeña en dibujar con fervor la pintoresca fachada. Agúpanse en su derredor algunos curiosos, que, prendados de su juventud y hermosura, contemplan asombrados la facilidad con que traslada al papel aquel trozo de severa arquitectura; pero él apenas nota la admiracion general: el genio del artista le cubre con sus doradas alas: corre el lápiz por la tersa lámina, y solo á hurtadillas observa con satisfaccion que los hermosos ojos negros permanecen aun en el mismo sitio. El dibujo se ha concluido y allí están ellos todavia. Los curiosos, ya satisfechos, se retiraron, y Sal-

vador se queda sentado con la cabeza apoyada en sus manos, y sus dos grandes ojos azules clavados en la verde celosía, donde ve brillar siempre los dos luceros que tanto le arrebatan.

¿Qué mágica ilusión, qué inesplicable ventura le detenían en aquel sitio? Oh! cómo palpitaba su corazón, como hervía su sangre, cuanto hubiera dado por estampar sus labios en la orla del vestido de aquella celestial criatura que su creadora imaginación se complacía en adornar con el más poético prestigio! Está seguro de que le ha visto; quizá adivina que él está allí por ella. Pero, no ¿como ha de reparar en un pobre artista tan aristocrática doncella?

=Un día más de martirio, dice para sí el desdichado joven; un día más de sufrimiento; ah! ¿cuando tendrá Dios lástima de mí?

Y se preparaba a marchar, cuando un lacayo, cubierto con una magnífica librea, se presentó ante él.

El criado con aquella gravedad cómica que caracteriza á los de su clase cuando pertenecen á la servidumbre de un grande, dirigió á Salvador la palabra en estos tér-

minos.

— ¿Sois pintor?

— Según.....

— ¿No copiábais ahora poco la fachada de esta casa?

— En efecto.

— ¿Quereis seguirme?

— ¿A donde?

— Allí.....

Y señalaba la casa de Carolina.

Oídme; decid antes á quien pertenece este suntuoso edificio:

— A mi ama, la señora condesa de D....

— ¿Es jóven?

Sonrióse el criado imperceptiblemente, en cuya sonrisa hubiera traslucido un observador cierta malignidad; mas al punto recobró su mirar impassible, contestando:

— Conforme.

— No me habeis respondido

— Os he dicho *conforme*. La juventud de mi señora es relativa.

Poco ducho Salvador en las formas del lenguaje diplomático que un sirviente de buena casa usa siempre, impacientábase de veras al oír las reticencias del lacayo; exclamò pues con tono algo desabrido.

—Decidme poco mas ó menos la edad de vuestra ama.

—No puedo deciroslo; las señoras de distincion pierden siempre su fé de bautismo.

—No exijo saber su edad con escrupulosidad; bastame que me digais si es jóven ó señora mayor.

—Ni lo uno, ni lo otro, señor pintor; no puedo responder á vuestra pregunta.

Viendo Salvador que perdia visiblemente terreno, arriesgó esta pregunta:

—¿La señora condesa tiene una hija?

—Si, adoptiva.

—¿Como se llama?

—La señorita Carolina.

—Basta, amigo mio, estoy pronto á seguir.

Y el artista sin hacer caso de la admiracion del criado, que volvió á repetir su maliciosa sonrisa, pasó adelante, atravesó en dos brincos la acera y desapareció Lajo el inmenso pórtico del edificio.

El criado estupefacto al ver sus modales descompasados cre ó que estaba loco.

Ah! lo estaba en efecto; pero era de alegría.

SALVADOR EN EL QUINTO CIELO.

Hay venturas que se sienten pero que no pueden espresarse.

ROUSSEAU. CONFESIONES.

Mientras se verificaba el anterior diálogo entre Salvador y el lacayo, otro pasaba en el suntuoso retrete de la Condesa, entre esta y Carolina.

Los magníficos ojos negros que vislumbrara Salvador pertenecian en efecto á la amable huérfana, y en ésto no se habia engañado el corazon amante del artista.

De pronto fijo la jóven su vista en la calle, sin objeto alguno, hasta que el corrillo de gente que rodeaba á Salvador llamó en extremo su atencion; descubrió luego al hermoso pintor que de tiempo en tiempo miraba hácia la casa, señal segura de que copiaba su fachada. Redoblóse la curiosidad de Carolina, y sin decir cosa alguna á la Condesa, ocupada á la sazón en una obra de tapiceria, siguió observando los movimientos del mancebo. Poco á poco desaparecieron los curiosos; el jóven habia concluido su dibujo, y no obstante, perma-

neicia aun en el mismo sitio con ademan pensativo y fijos los ojos en ella. A pesar de la celosia, experimentó entonces la doncella el magnetico influjo de aquellos ojos azules llenos de fuego, que como dos chispas electricas traspasaban los suyos, sintiendo un vivo deseo de ver mas cerca al atrevidillo que osaba contemplarla de aquel modo, y los mil rodeos de que tan bien saben valer-se las mugeres para lograr lo que anhelan, dirigióse á la Condesa, diciéndola:

—Si viérais, mamá, lo que pasa en la calle!

¿Y qué es eso, hija mía?

—Cosa particular; un jóven que, al parecer dibuja nuestra casa.

—Será algun aprendiz de artista que haya querido adiestrar su pincel á costa del nuestra pobre choza.

Esto lo dijo la Condesa sin moverse de asiento. Carolina prosiguió:

—En efecto parece un lugareño.

—En el dia, querida, todos se tienen por artistas, apenas aciertan á embaldurnar papel con alguna tosca pintura.

Carolina, sin contestar á la observacion satirica de la condesa, dijo con mimado

acento.

—Sabeis que es muy hermoso el tal pintorcillo?

Alzó los ojos la Condesa y los clavó en el rostro de la doncella: pero no pudo distinguir alteracion alguna en aquellas facciones juveniles, tan acostumbradas ya á disimular.

—Chistoso sería que le llamásemos, mamá; Curiosidad tengo de ver el albur de uno de esos hijos de la naturaleza.

—Fácil será complacerte, niña; á menos, que ese hermoso hijo de la naturaleza, como tu dices, tenga á bien no dignarse acceder á tu pelicion.

—Probemos, sin embargo.

La señora Condesa asió con su delicada mano la argolla de oro pendiente de una delgada cadena del propio metal, y el argentino sonido de una campanilla se dejó oír en las habitaciones interiores. Al punto se presentó un lacayo y recibió la orden de introducir al pintor.

Hemos visto ya como cumplió su cometido.

Entre tanto, Salvador, instalado en la antecámara, deseaba y temia al mismo

tiempo la entrevista. Su pecho palpítaba con una agitación que reflujía á su ardiente cerebro: fijó la atención en dos hermosos cuadros gigantes que decoraban los intercolumnios de la habitación. Eran dos obras maestras de Coello y Zurbaran, ante las cuales se hubiera estasiado nuestro jóven, si el estado de su espíritu se lo permitiese.

Sacóle al fin de aquella tortura mental la voz meliflua de una doncella de servicio, diciéndole,

—Las señoras os esperan; venid conmigo.

La timidez de Salvador crecía a la par que se acercaba el momento de ver á su adorada; una hora antes hubiera dado su vida por lograr verla un minuto, y ahora que ya iban á cumplirse sus mas ardientes deseos, temblaba como un delincuente y no acertaba á recobrar su aplomo.

Abrióse la mampara y apareció á su vista la esvelta Carolina, linda como los amores y algun tanto sonrosada. Al punto se encontraron sus ojos y al instante se bajaron; pero en aquella rápida y única mirada, millares de palabras se dijeron.

Salvador, tímido y encogido, con el miedo de que sus gruesos y herrados zapa-

jos resonasen demasiado fuerte sobre la delicada alfombra del aposento, permaneció clavado en la puerta como la estatua del Comendador. La condesa le examinó de pronto con sorpresa; pero, asaz indulgente con un buen mozo, á quien solo faltaban para brillar en el gran mundo vestidos mas elegantes y cierta facilidad que las gentes de buen tono adquieren con el trato social, se apresuró á decirle:

—Acercaos jóven; hemos observado con satisfaccion que elejisteis nuestra pobre casa para trasladar su imágen á vuestro al-bun; y como nos preciamos de agradecidas, queriamos tener la honra de veros y daros las gracias personalmente.

Estas frases dichas con todo el aplomo de una señora de distincion, y acompañadas de una media sonrisa, fueron para Salvador á manera de un bálsamo celestial. Verdades que el mas fino observador de tretas femeninas, no hubiera sabido si tomar aquellas palabras por una refinada sátira ó por un cumplimento; nuestro jóven contestó balbuciente:

—Señora.... el honrado seguramente soy yo

—Vamos, dijo con amabilidad la Condesa, sentaos á mi lado, y veamos lo que contiene el hermoso album.

Y sin abrirle aun, examinó su encuadernación que, en efecto, era primorosa.

—Es un verdadero dije exclamó; digno por todos conceptos de figurar en el tocador de una dama ¿No es asi, Carolina?

La jóven que hasta entonces no habia desplegado sus labios, dijo, fijando en Salvador una espresiva mirada.

—Oh! es muy hermoso.

Este adjetivo no se dirigia ciertamente al album.

—Me permitireis..... dijo la señora, abriendo el libro.

Salvador se inclinó.

El album contenia en efecto lindisimos dibujos tomados del natural; pero cuando llegó á ver el pintoresco paisage que al salir de su casa dibujó nuestro héroe, creció de punto la admiracion de las damas; pues acababan de reconocer la vista de una de las posesiones de la condesa.

—No hay duda, exclamó ella, os habeis empeñado en favorecernos. ¡La mas hermosa de mis heredades, la fachada de mi casa

sólariega'. ... Bien, jóven... no seremos ingratas, ¿verdad, Carolina? ofreceremos al señor en cambio de tan primoroso trabajo, nuestro concurso, nuestros esfuerzos para colocarle dignamente. Oh! en el día escasean tanto los verdaderos ingenios, los artistas eminentes!

—Señora, no merezco de ninguna modo tanto honor..., mis débiles ensayos....

—Ensayos? dijo á su vez Carolina; ensayos! si son obras maestras de perfeccion.

—Y para principiar os quedareis aquí, prosiguió la condesa; tendreis habitacion en mi casa; Carolina aprovechará vuestros consejos con respecto á sus aguadas... y en fin, no sé qué presentimientos me dicen que aquí sereis feliz.

No se necesitaba tanto para que Salvador trocara sus recelos en un intenso gozo. Cómo! iba á habitar bajo el mismo techo que su adorada, respiraria la atmósfera embalsamada por su aliento. Oh! tanta dicha le parecia un sueño.

Al oír la proposicion de la condesa sus hermosas facciones se colorearon con aquel bello matiz rosado privilegio esclusivo de una pura y cándida juventud. Lágrimas de

agradecimiento y amor empañaron momentaneamente el terso cristal de sus azules ojos, y sus labios espresaron en estos términos el afecto que le dominaba.

—Señora Condesa; acepto con reconocimiento el favor que os dignais dispensarme; pues, seguro de vuestra proteccion, nada podrá impedirme adquirir algun dia un nombre famoso en el arte que profeso; porque el premio a que aspira mi ambicion es escesivamente elevado.

Al decir las últimas palabras, miró á Carolina; la jóven le comprendió; pero la condesa no notó esta pantomima.

Desde aquel dia Salvador instalado en una linda habitacion, vestido ya con elegancia pudo entregarse sin rebozo á los encantos que proporcionaba á su alma ardiente la ventura. Dos poderosos agentes ocupan sin cesar su corazon; el amor á las artes, y el amor á Carolina.

Hasta aqui la vida de el artista se deslizara tranquila y sosegada. Criado en medio del campo, sencillo como las flores de sus praderas, no conocia del mundo mas que su lado risueño y placentero. Su edu-

cacion consistia en algunos preceptos de moral, que su corazon naturalmente honrado conservaba con fé pura de la primera edad. A esto solo se reducía su esperiencia. Ay! cuantas lecciones le quedaban aun que recibir! ¡Cuan poco tiempo durarian las gratas ilusiones que elevaban su imaginacion á las regiones celestes! ¿Será propicio ó adverso el destino que la Providencia le ha reservado? Salvador no se acordaba de él. El horizonte de su porvenir no se estendia mas allá de los pupúreos labios de Carolina; para él el mundo no existia fuera del hermoso modelo que reprodujera mil veces en las fantásticas figuras de sus brillantes creaciones artísticas. Su fama erecía cada dia mas. Las mas elegantes tertulias se disputaban la dicha de poseer por un instante al famoso pintor, al grande artista. Ostentábase sus admirables lienzos en los museos nacionales y doquier resonaban las alabanzas debidas al extraordinario mérito de Salvador. Las mugeres, sobretudo, entonaban de continuo en derredor de nuestro jóven un eterno coro de lisonjas; y asi como ensalzadó por sus lindas aduladoras, obtuvo facilmente una reputacion europea. Dichosa

la que poseía un capricho, un diseño olvidado en los cartones, una página del álbum del gran maestro. Había llegado á ser el héroe de la moda y el astro brillante de aquella época.

La condesa tenia tambien su parte en aquella especie de apoteosis; pregonaba por doquier el mérito que le cabia en el hallazgo de aquel oculto diamante, y esta circunstancia le atraía un diluvio de cumplimientos y de respetuosas atenciones, que sus mismas rivales se apresuraban á tribu-
tarla y su orgullo quedaba satisfecho cuando oía clamar por todas partes. *«Es la protectora del grande artista.»*

¿Y Carolina? ¿Qué sensaciones producian en ella, la gloria y la fortuna de Salvador? Pronto lo sabremos.

UN CORAZON DE MUGER.

¿Quid levius, plumâ? Quid pulvere? Ventus,
Qui vento? Muliere. ¿Quid muliere? Nihil.

DISTICO LATINO.

Si introdujérâmos al lector en un lindo

apoyado compuesto de tres piezas bastante espaciosa, para que le examinará á su sabor. ciertamente que, cualesquiera que fuesen sus gustos, ya se inclinasen al sibaritismo mas estragado, ya al mas metódico puritanismo, quedaria satisfecho de seguro con el admirable conjunto que ofreceria á sus miradas. La primera pieza que servia de antecámara y de salon de recibo, formaba un cuadrilongo bien proporcionado; dos rejas con espaciosa hojas de cristales caian al jardin, asi como todas las demás ventanas de los otros cuartos. Pendian de ellas, y de las puertas de comunicacion, grandes cortinas de muselina bordada con visos de raso celeste que, interceptando los rayos solares, difundian por la estancia una claridad, semejante á la que produce la luz artificial del alcanfor. Estos cortinages recogidos por amorcillos dorados formaban á la ventura mil graciosos pliegues. En los carterones de las puertas se ostentaban en relieve caprichosos adornos, á la usanza de aquella época. El piso de madera con embutidos de colores y perfectamente encerado, reclamaba de parte de los visitantes sumo aplomo y seguridad, so pena de caer

en ridículo, resbalando á cada paso. Cuatro lienzos de regular tamaño decoraban las paredes; representaban las cuatro estaciones, si bien bien pertenecian estas pinturas á la época decadente de la escuela Sevillana. El mueblage consistia en dos grandes sofás forrados de raso negro con guarniciones doradas, y algunas mesas que sostenian grandes jarrones de porcelana, en los cuales crecian vegetales exóticos cuyas flores esparcian en el aposento sus aromas embriagadores.

Una puerta de comunicacion daba entrada á la segunda pieza, que era el gabinete de estudio, en el que se ostentaba gran profusion de libros, cuadernos, dibujos y papeles de música. Allá un piano, acullá una guitarra; acá un bastidor de tapiceria y al otro lado un caballete para pintar, todo desordenado y revuelto. En la primera sala presidia el coquetismo con su halagadora máscara, mas la segunda revelaba á la muger tal cual era, es decir, viva, apasionada tal vez, pero incapaz de hacer grandes sacrificios en pró ni en contra de la virtud. Naturaleza vulgar y adocenada que solo la rutina de agrandar aparta al-

gun tanto de la senda comuz, pero que, nacida en una esfera mediana, hubiera pasado desapecebida. La tercera pieza era el dormitorio de Carolina. Véase en medio del aposento el pequeño lecho envuelto en su cortinaje blanco, pulcro y casto como su dueño. No sé que ambiente de pureza respiramos siempre que entramos en el dormitorio de una doncella. El silencio que allí reina, posicion de las cortinas que se cierran herméticamente cual si fuera en un santuario, la cama redonda y mullida, sin ofrecer el mas pequeño pliegue, la borda la almohada, todo, enfin, despierta en el corazon el respeto y el pudor.

Carolina estaba allí próxima á levantarse, pero sin decidirse aun á llamar á sus doncellas; el codo derecho apoyado en el almohadon sostenia con la mano su graciosa cabeza ceñida con ligero crespon blanco que dejaba vagar á la ventura los andulantes bucles de su cabellera de azabache, una pequeña cruz de brillantes pendiente de un negro cordoncillo, se confundia con la blancura de su bien torneado seno cubierto á medias con la nube de encage, adorno de su camisa de batista; y sobre su falda algo

encorvada, yacian esparcidos dos pequeños retratos que contemplaba alternativamente; representaba el uno las facciones de Salvador y el otro las del Conde de Belmont. Carolina amaba á los dos, ó mejor dicho, no amaba á ninguno: el conde, coronel en el ejército francés, vivo, agudo, valiente, de finísimos modales, y descendiente de ilustre casa, fijó desde luego la atención de la huérfana; ella recibía sus obsequios con placer, á veces con amor; pero de repente se interponía entre ellos la gigantesca fama de Salvador; al aspecto frío y reservado que caracteriza con frecuencia al genio; y contemplaba aquella turba de rivales que se disputaban á porfía el amor del grande artista, sin lograr ninguna desviarle un momento de la religiosa pasión que á ella la profesaba. Oh! como gozaba entonces!

Un enlace con el conde la convenía perfectamente en cuanto á intereses materiales y nacimiento; pero además de ser extranjero, su nombre no lucía nunca en los boletines del ejército; faltaba gloria á aquel brillante uniforme; y aunque diestrísimo en la diplomacia amorosa, no había triun-

lado del corazón especulador de Carolina sino à medias: apareció entonces Salvador, flor silvestre arrancada del prado que la vió nacer, una humorada de doncella dió pábulo à la terrible hoguera que consumia el corazón del artista, y jeroó llegar à ser grande entre los grandes.

Durante algun tiempo permaneció Carolina como sumergida en profundas reflexiones. Su postura no habia cambiado y apenas si pudiera notarse esteriormente la terrible lucha que agitaba su corazón. Su ojos cerrados, su comprimida respiracion y la calma esparcida en sus bellas facciones, formaban cierto contraste con el tigrero color de bistre que sombreaba la parte superior de sus mejillas. El insomnio habia dejado solamente aquella imperceptible huella.

El orgullo de la muger triunfa al fin: ser esposa de un lindo y valiente militar es en su concepto muy comun; pero compartir el destino de un eminente artista, de un grande hombre es apartarse enteramente de la trillada senda de la vulgaridad. Los cálculos de la fortuna no habian entrado para nada en su determinacion, pues tenia

por si propia lo suficiente á fin de brillar en el gran mundo como una reina. Rica y encumbrada por su nacimiento, queria serlo tambien por la gloria; y en este particular poco tenia que esperar del frívolo conde. Por otra parte; que triunfo no alcanzaba su vanidad sobre sus rivales, que á la menor insinuacion de Salvador hubiera depositado á las plantas del jóven sus riquezas y sus encantos!

Esto, y mucho mas que no decimos, pasaba en el interior de la taimada doncella, cuando de repente una plácida sonrisa animó su rostro encantador; cerró con estrépito las dos cajitas de retratos, colocándolas en seguida sobre una *consola*; y agitando apresuradamente una campanilla de oro, llamó á sus doncellas para que la vistiesen. Acudieron estas al punto, y mientras que una la ceñia un blanquisimo peinador de gaza, la otra aprisionaba sus diminutos pies en unas babuchas de terciopelo turquí.

Concluidas las operaciones de su tocador matinal, despidió con una ligera inclinacion de cabeza á las camaristas; y sen-

lándose á su escritorio, obra perfecta de ebanistería, escribió en un perfumado papel las siguientes líneas.

«Salvador: Estoy enteramente decidida; soy tuya para siempre.»

C....»

Luego, en otro papel, cuyo margen, historiado y blasonado, denotaba la mas esculpida etiqueta, dibujó con su mejor forma de letra la carta que vamos á leer.

«Sr. Conde.»

«Razones de la mas alta importancia, y que dejo á vuestra penetracion, bien acreditada, adivinar, deciden hoy mismo de mi suerte. Empero, mi cariño para con vos en nada ha cambiado, puesto que siempre es el cariño de una amiga. Creo que hombres de vuestra edad y de vuestro talento saben perfectamente tomar su partido; y solo os puedo asegurar que lo que hoy os parece un misterio, dentro de algun tiempo os parecerá la cosa mas natural del mundo.

Entretanto, disponed siempre del amistoso afecto que os profesa vuestra servidora Carolina de A.....

Cerró los dos billetes con la mayor san-

gre fría; puso los sobres correspondientes; llamó á un lacayo y los dirigió á su destino.

Carolina acababa de arrojar el guante á las contrariedades que pudiera oponerte su madre adoptiva, resuelta á no ceder un ápice, ni á desviarse un paso de la senda que había escogido, por esto, impasible y fría en un momento en que otra cualquiera sentiría la conmoción y zozobra que siempre producen en el alma las grandes determinaciones, colocóse sonriendo ante el espejo, junto al cual se alisaba sus negros y brillantes cabellos, y se contentó con decir como César:

—Ya he pasado el Rubicon.

SALVADOR EN EL SEPTIMO CIELO

¿Que me falta para ser igual á Dios?

LUZBEL.

Salvador, dotado de un espiri ualimo sin límites, como acontece con todos los hombres marcados por el augusto sello del

genio, luchaba en medio de sus brillantes triunfos con la violenta pasión que le consumía. Poco seguro de la impresión que su amor hiciera en el objeto de sus ansias flotaba á merced de sus pensamientos en el insondable mar de las suposiciones. Es cierto que la sonrisa con que *su bella estatua de mármol* (así solía designar á Carolina) le acogía, encerraba mas ternura que las que prodigaba el conde. Es cierto que al confesarla el episodio del pañuelo, la joven le había absuelto de aquel hurto amoroso, y aun le permitió que lo conservase en su poder. Es cierto, también, que en los frecuentes saraos que daba la condesa, le prefería la joven por pareja y bailaba con él con marcada satisfacción. Empero ¡cuán desconfiado y receloso es un verdadero amante! Todas estas pequeñas distinciones le parecían á Salvador tan poca cosa, que estaba siempre pronto á dudar de las verdaderas intenciones de su amada. Temía sobre todo el arrojito proverbial del joven oficial francés; y cuando consideraba sus principios, la pobreza de su cuna y aun su mérito personal, temblaba al formar comparaciones con el Condesito. Ni siquiera te-

nia el derecho de ostentar zelos; pues la es-
tremada prudencia de la jóven habia sabi-
do conducir esta intriga con una habilidad
digna de la mas refinada diplomacia.

Juzgue, pues, el lector del asombro y
aturdimiento que le causaria la lectura del
consabido billete. No hay pluma capaz de
describir la violenta reaccion que produje-
ron en el corazon del artista los cortos ren-
glones estampados en la perfumada esque-
ta. Iba á ser dueño de la gentil Carolina;
iba a poseer al fin el *codiciado tesoro*, obje-
tó de luengos suspiros y de crúeles insom-
nios. Oh! Carolina, arrebatada por el pres-
tigio de su talento, se decidia de repente á co-
rtar sus afanes, abriendo ante sus ojos
un porvenir de delicias. Este supremo mo-
mento pagaba con creces sus muchos dias
de doloroso existir, rodeando á su corazon
amante de una gurnalda de ventura cuyo
perfume le embriagaba de dicha y de pla-
cer.

Bajo la impresion de tan agradable sor-
presa, vistióse apresuradamente el mance-
bo y voló á casa de su amada.

Carolina le recibió vestida con el sen-
cillo *negligé* que tambien sienta á las her-

mosas, y desplegando la inefable sonrisa que ella sola sabia expresar. La entrevista, como puede considerarlo el lector, fué tierna y apasionada. Cruzáronse los juramentos, las protestaciones de un amor eterno, y fijóse el venturoso día que debia unir definitivamente la suerte de ámbos amantes.

La condesa, al saber la determinacion de Carolina no se lanzó, como creeria alguno, en la via de las ceetiminaciones; demasiado muger de mundo para desaprobare un hecho consumado, aun cuando la táctica de su hija adoptiva adoleciese en cierto modo de algo brusca y poco cariñosa para con ella, la condesa, decimos, aprobó en todas sus partes lo que llamaba *el triunfo de su querida hija*. Tenia sus razones para obrar de este modo, y el trascurso de esta historia demostrará el profundo disimulo y el plan maquiavélico que habia forjado en su corazon ajado por las pasiones, á fin de precipitar en un abismo de desgracias á aquellos dos *ingratos* que todo se lo debian á ella y que reusaban de una manera indirecta, aunque por distintos medios *coadyuvar á sus inmorales proyectos*. Conocia á fondo los caracteres de ambos

amantes, y el enlace de dos géneos tan opuestos; tan heterogéneos, era en su sentir un golpe magistral, un triunfo seguro.

El condesito, por su parte, fiel a su papel de seductor impertérrito, amando sensualmente y nada más, especie de D. Juan Tenorio pero menos audaz y precipitado que el célebre amante de D.^a Inés; leyó con confianza y cierta cínica sonrisa la despedida de Carolina; luego arrojando la carta sobre un mueble, dijo:

—Enterado, ahora es mía más que nunca: Conozco las mugeres.

Y encendió con calma un habano en una bujía de esperma rosada que ardía aun sobre su velador.

Púsose á pasear en el aposento lanzando de vez en cuando grandes bocanadas de humo, que subían en forma de espiral y de saparecían en la atmósfera de la techumbre, y talareando algunos compases de la última ópera que había disfrutado

Dè repente se paró, y exclamó.

—Soy un tonto; un buen militar debe preparar con sagacidad sus baterías para cuando le toque batir en brecha. Bueno fuera que un *muele colores* disputara el im-

perio de Venus á un alumno de la Grasse-lli (1); si tal aconteciese, me silvarian sin remedio en todos los salones de la Chaussée d' Antin y de la calle de Rivoli.

Dicho esto, tomó su sombrero y la carga de Carolina, y á poco rato, un lacayo anunciaba á la condesa de D... la visita del jóven coronel.

UN DUO.

PERO NO MUSICAL.

El diablo los cria y ellos se juatan.

PROVERBIO.

Algunos momentos ántes de que anunciaran al Conde, hallabase la señora de D... examinando la correspondencia del Sr. Marques de..... empleado de alta categoria en el gobierno de José. Si estuviéramos dotados de la facultad concedida al curio-

(1) Célebre bailarina de la ópera de Paris, famosa por sus despilfarros y escándalos.

so licenciado Perez Zambullo, ó cual á los magnetizados por el señor Cubi nos fuera dable inteligenciarnos de aquellos escritos, muchos de los misterios que aun envuelven á los acontecimientos de aquella época, aparecerian hoy sin máscara ni velo, y la historia contemporánea adelantaria un paso mas; pero no teniendo á nuestra disposicion un diablo cojo que nos sirva de *Cicerone* como al D. Cleofas, y sin el suficiente fluido magnético, para adquirir el don de segunda vista, nos vamos precisados á callar y á dejar *in albis* á nuestros lectores, respecto al contenido de aquella curiosa correspondencia.

Apenas entró el lacayo anunciando la visita del Coronel, apresuróse la señora á guardar todos los papeles en una cajita de resorte, que depositó en un falso de su gabinete.

Cuando se presentó el Conde, nada pudo notar ni oyó otra cosa sino el ruido estridente de abanico que abria y cerraba de prisa la vaporosa Condesa. ¡Cuanto cabria decirse sobre la historia de este precioso mueblecito, compañero inseparable

de nuestras lindas españolas; Pero sería sondear un abismo, y además apartarnos de nuestro propósito.

Recibió la señora al joven militar como se recibe á un antiguo amigo, á quien se conoce á fondo. Siempre que aquellos dos seres se encontraban á solas, usaban un lenguaje que podia clasificarse como término medio entre el cinismo plebeyo y las fútiles frases aristócratas. El condesito habia sido amante favorecido de la voluptosa D.....; y séase por cálculo ó por interes, no habia juzgado á propósito romper unas relaciones que le proporcionaban, á falta de otra cosa, algunos buenos ratos. Los zelos que solo inflaman á los verdaderos amantes, eran mirados por ellos como una añeja ridiculez y uno de sus mas sabrosos placeres consistia en referirse mutuamente sus amorosos lances. Por otra parte la Condesa, aunque próxima á cumplir los cuarenta, tenia de su persona un particular cuidado, y si sus formas habian adquirido cierto grado de robustez, era todavia lo que se llama una hermosa muger. Muertas ya para ella las románticas ilusiones de un amor delicado y puro, solo erigia altares al amor sen-

sual y al deleíte.

—Y bien, *mi Casta Diva*, supongo sabreis ya que he sido despedido en regla; dijo el jóven echandose con desparpajo sobre el mismo sofá que ocupaba la Condesa.

—Era de esperar, *caro amico*. ¿Qué queriais que hiciese Carolina de un bribou-zuelo como vos?

—(Que me place: dijo sonriéndose el mancebo ¿Y mi reputacion de seductor parisien?

Al mismo tiempo jugaba con los enca-ges del peinador de cachemira blanco de la condesa.

Vuestra reputacion? en efecto, peligra en extremo; sino que lo diga la gruesa mar-quesa del Tilo, la diforme Duquesa del Ar-rozal, la gigantesca viuda del Baron de Pi-no Santo. A la verdad, chiquito mio, sois hombre al agua; y me alegro porque esto os enseñará á no *hacer el amor* mas que á montañas de carne. Apostaria á que la mas delgada de vuestras *complacientes ami-gas* pesa por lo menos diez arrobas.

—Mala chanza, Hermioia; alacando á mis *lindas gorduras* te haces un agravio á tí misma. Y sino, mirate en aquel espejo.

y dime ¿que es esto? Y señalaba al mismo tiempo el corpulento talle de la Condesa.

Esta impertinente observacion le valió un papirotazo bien aplicado con el abanico.

—Muy merecido, dijo riendo el Conde; pero, en cambio, venga un abrazo

La Condesa no puso resistencia alguna al emprendedor oficial, y se contentó con decir, loquillo»

Anudóse á poco de nuevo la conversacion. El conde rompió el silencio.

—¿Sabes, Herminia, que quiero vengarme de esa tontuela de Carolina y de aquel ostrogodo de Salvador?

—¿Sabes, Alfredo, que te vas haciendo muy exigente?

—¿Como?

—Porque guardas un rencor de portugués á la pobre Carolina.

—Digo, si te parece que la cosa no vale la pena.....

—Alfredo, eres un niño, y no conoces á las mujeres.

—Segun, princesa mia.

—Te digo y te repito que no las conoces, cuando exclamas con tono de tragedia ¡Sa-

— Pero, mi amor se trocó bien pronto en odio. No me era dable desacreditarle, pues su talento acallaba la envidia; pero juré su pérdida por distintos medios. Esta venganza, digna de mis bien meditados planes, va á envolver en mis redes á la aliada Carolina, que de algun tiempo á esta parte forcejea por emanciparse de mi poder. Infeliz! presa de la viciosa educacion que he logrado inspirarla, descubro con la vista de aguilá que el hábito de la entrega me comunica, que tarde ó temprano caerá víctima de mis maquinaciones. Ati, Alfredo mio, que has sabido allagar mis inclinaciones, á ti la entregaré. Poseerás á esa muger que hoy renuncia á tu amor para trocarte en amistad. ¿Qué es la amistad en una muger de mundo? Qué significacion tiene esa voz entre una jóven de diez y nueve primaveras y un jóven de veinte y cuatro?

— Entiendo, decia pensativo el conde.

— Para que el oprobio fuese completo era necesario ponerla en brazos de Salvador; muger de un ple'eyo, verá en breve desaparecer todas sus aristocráticas amigas. Carolina ha cedido a un grande impulso de vanidad casándose con un artista; pero el

bes, Herminia, que quiero vengarme &!

—Pues qué! ¿he de dejar que se arrullen en paz ese lindo par de tórtolas? le parece agua de borraja la jugarreta de Carolina? ¿Ese diablillo con faldas, que admite y aun solicita mi retrato? ¿que me da una libra de sus rizos? ¿que me dá..... ¿qué soy yo lo que me ha dado? Y cuando se trata de entregarme su mano, cosa que, como tu sabes, se apresuran todas á dar, se sale con este lindo papelito, capaz de hacer agarrar la luna con los dientes de coraje al que se cree en posesion del *dulcísimo* nombre de amante.

—Carolina ha obrado bien.

—Bien ¿eh?

—Ha hecho lo que debia hacer.

—Lo que debia ¿eh?

—Y yo he apoyado su resolucion.

—¿Con que tu tienes la culpa; con qué es un plan meditado, una intriga *sui generis* para deshancarme?

—Sí, si, si.

—Entonces, en lugar de vengarme de ella, lo haré de ti; exclamó el conde con enfático tono.

Rióse la Condesa y respondió:

—Pues vengaos, señor Otelo.

Vengóse en efecto el Conde; pero no por éllo se enojó la de D... ..

Al cabo de algunos instantes, recobró ella la palabra:

—Vamos, niño, basta de locuras. Tenemos que hablar formalmente.

—Escucho, dijo con gravedad cómica el Condesito.

—La determinacion de Carolina es obra mia, querido Alfredo; Salvador que me debe su reputacion ha sido para mi muy ingrato.

Interrumpióla el coronel, diciendo:

—Pues yo tenia entendido que os profesaba la mayor veneracion y que se há valido varias veces de su crédito para afianzar el vuestro, vacilante ya.

—Es cierto; pero siempre ha preferido á Carolina, y de nada me han servido mis baterias femeninas.

—Si, si, ya os comprendo.... es un *ingrato*.

—Te confieso, Alfredo, que ese jóven puro y sencillo me inspiró una pasion.

—Pues; unos deseos de 25 grados sobre cero. Ya entiendo.

mando que no transige con las clases, admirará las obras de su marido y le cerrará sus salones. ¿Que recurso la quedará entonces para recobrar el puesto social que su matado entusiasmo la arrebatara? Abrazar mis ideas, lanzarse en nuestro partido, que, por mas que lo pregonen, no es el nacional. De ahí, los disgustos, las recriminaciones: Salvador, patriota exaltado, no cederá ni un ápice de sus opiniones; nacido entre el pueblo, pertenece al pueblo; y la malaventurada Carolina, impulsada por el coquetismo, cualidad que he procurado desarrollar en ella, buscará en vedados placeres el remedio á su monótona existencia. Esto sucederá, amigo mio; y en tal estado las cosas, me habré vengado, sin que sospechen siquiera la mano oculta que aniquilase su ventura.

A medida que la condesa hablaba, chocábale á Alfredo el refinado rodeo de que se valia para lograr sus intrigas; pues, aunque era lo que se llama un *calavera* en toda la estension de la palabra, poseia un corazon recto y un alma noble, cualidades muy comunes en la festiva juventud francesa. Pero, como las ideas de rectitud y

hontádez no tenían para él la significación que solemos darles, solo vió en todo esto el deseado fin, la posesion de Carolina; y aun cuando los medios al intento escogidos no pareciesen los mas naturales, él no los consideraba sino como consecuencia de una buena calaverada.

Salió pues de la estancia de la condesa adhiriéndose á sus planes, y por la noche se presentó en sus salones, con la sonrisa en los labios. Dirigió un piropo á Carolina, felicitó á Salvador por su dicha, y lanzándose en medio de la alegre turba de bailarines, desapareció en el torbellino de un alegre wals.

La Sra. de D.... se mostró tambien graciosa y placentera; habló mucho con los dos amantes, y apresuróse á aprobar el buen gusto de Carolina. Ultimamente, precipitó de tal modo los preparativos de la boda, que ocho dias despues quedaron enlazados para siempre Salvador y su adorada.

UN GUERRILLERO.

Dulce et decorum est pro patria mori.
HORACIO.

Las lamentables escenas de Mayo, que ensangrentaron las calles de Madrid, habian llenado de indignacion á los españoles y atraido al nombre frances un odio mortal y profundo. En todos los ámbitos de la Península se alzaron cuadrillas de hombres generosos que, prefiriendo la muerte á la estrangera dominacion, combatian con heroismo contra las temibles falanges del usurpador. Seis años duró tan formidable lucha cuyo término fué el triunfo de los defensores del suelo natal. Tan cierto es que un pueblo por muy abatido que esté, encuentra siempre recurso en su valor para defender y conservar su independencia.

En la época de nuestra historia, Sevilla permanecia aun tranquila en la apariencia, si bien solo aguardaba propicia ocasion para seguir el noble ejemplo de otros muchos puntos de la Monarquia. Un rumor sordo agitaba la Ciudad, y la Condesa de D..... conocida por su decidida adhesion al trono

de José, veía desaparecer poco á poco el prestigio que la adulacion y el temor la concedieran. No frecuentaban su casa sino los mas comprometidos en el partido francés, y la fé ciega que antes tenia en el poder de Napoleon, principiaba á debilitarse y á inspirarla serios temores.

Ultimamente, dos cartas que recibió, la una del general Belliard, gobernador de Madrid, y la otra del Intendente Salas, la determinaron á trasladarse á la Capital, resuelta á seguir la suerte del intruso monarca, único partido que pudiera tomar en tan criticas circunstancias.

El conde Alfredo, que aun permanecia en Sevilla, encargado por su gobierno de la inspeccion de algunos depósitos de tropas rezagadas de los diferentes cuerpos de ejército que recorrían las Andalucias, acompañaba con frecuencia á la condesa, y esperaba impaciente el premio prometido por su malvada amiga; pero Carolina, si bien miraba favorablemente al Conde y aun le permitia usar con ella de algunas familiaridades, se conservaba todavia fiel á su marido, á quien, sin embargo, no amaba.

Las mugeres del temple de Carobna son

rapaces de sacrificarlo todo á un antojo. Quiso ser la escogida por el hombre que reñia una aureola de gloria; pero una vez satisfecho este deseo, miróle con indiferencia y hasta con fastidio. Salvador, entregado á sus trabajos, no podia dedicar á su muger todos sus instantes; y aunque la amaba siempre en extremo, no comprendia en la naturaleza del hombre ese continuo rendimiento, esa esclavitud perenne que saben ostentar perfectamente los que aspiran á conservar el amor de ciertas mugeres, explotando su vanidad para conseguir sus perversos fines. El artista creia que su esposa, digna de su nombre, sacrificaría gustosa algunas pueriles distracciones en favor del grande objeto que se proponia, cual era resucitar una escuela nacional que en otros tiempos habia admirado el orbe; pero contaba sin la huésped. Carolina, viciada por su detestable educacion, necesitaba del homenaje á que estaba acostumbrada. Recibia, pues, el del Conde, ya que no el de su esposo; y de esto modo seguia la senda de perdicion que la conducia á un abismo.

Una circunstancia fortuita vino á acele-

rarar el triunfo del Conde cambiando enteramente el destino de Salvador.

Tiempo hacía que éste meditaba el proyecto de ir á visitar á su pobre familia con la esperanza de dulcificar en lo posible la penosa existencia de su madre y hermanos. Comunicó su pensamiento á Carolina, que se alegró de verse libre por algun tiempo de las pequeñas trabas que aun entorpecían su conducta, y á las que se sujetaba por una especie de consecuencia. Determinóse que ésta se trasladase á la casa de la Condesa, y que allí esperase noticias de su marido.

Provisto Salvador de algunas cantidades, partió alegremente hácia el hogar natal, repasando durante el camino en su memoria, las gratas ocupaciones de su niñez, las pequeñas rencillas de sus hermanos y sobre todos los afectuosos cuidados de su buena madre.

Cabalgando en un brioso potro andaluz seguía la izquierda del Guadalquivir, deteniéndose á cada instante para admirar la campiña y recordar los lugares que en época muy distinta había recorrido. De repente, á la caída de la tarde y cuando iba á llegar al término de su viage, notó por

do quier vestigios del paso de las tropas. Aquí viñedos arrancados, allá caserios incendiados, árboles destruidos; en todas partes la desolacion y tal vez la muerte. Estremeci6se su bondadoso corazon, y una horrible idea se fij6 de repente en su cerebro, como si un hierro ardiente traspasase sus miembros. ¿ Que habria sido de su familia en medio de tantos horrores? No le fué dable permanecer en tal estado de duda; espole6 el caballo, y á poco trecho lleg6 á la encrucijada que formaba la carretera con la vereda de su casa natal. No hay remedio, al entrar en la habitacion, la encontrará desierta y asolada; ha desaparecido la hermosa cerca de naranjos; el melonar tan cuidadosamente conservado por sus hermanos, no existe ya; y hasta el pequeño bosque de olivos lleva huellas recientes de la hacha destructora. El alegre ganado no bala ya en el aprisco, ni el perro, leal guardian de la heredad, hace oír sus prolongados ladridos. Reinan allí la soledad y el espanto, y el horrible azote de la guerra ha esparcido en torno sus sangrientos despojos. Salvador ata su caballo á un árbol medio tronchado, y pasea en derredor su estra-

viada vista. ¿Quién le dará noticias de su familia? En vano cruza por aquellos yerros, pues no descubre ningún viviente en toda la estension de aquella dehesa inculta, antes tan frondosa y florida. Cansado de escudriñar en vano, retornó lentamente en busca de su caballo, y ya iba á apartarse de aquellos lugares mústios y desolados, cuando le pareció distinguir á un hombre que bajaba de prisa por un pequeño cerro, situado á espaldas de la habitacion. Determinó al punto aprovecharse de tan buena coyuntura para adquirir las noticias que deseaba, y al aproximarse el desconocido salióle al encuentro, diciendole.

—Disimulad, amigo mio; ¿podreis darme noticias del paradero de mi familia?

—De vuestra familia! ¿y quien era?

—Rosalia M....., mi buena madre....

—¿Que oigo? ¿Seriais acaso mi hermano Salvador?

—El mismo; oh! hermano mio!

Y los dos jóvenes se abrazaron con efusion. Pasado este primer trasporte, separáronse como de comun acuerdo para dejar correr en silencio las lágrimas que inundaban sus mejillas.

Empero, impaciente Salvador por saber la catástrofe que tanto presentía, volvió á arrojarse en los brazos de su hermano diciendo:

—Perdona Manuel mi ansiedad: donde está mi madre mi buena madre? ¿dónde están mis otros hermanos?

—En el cielo, exclamó con terrible acento Manuel.

—¿Han muerto, pues?

—Han muerto!

Y rechinaron los dientes del aldeano

—Oh! te lo suplico, cuéntame esa historia horrible.

—Ahora la sabrás; pero no aquí. La partida enemiga anda en mi persecucion; han puesto precio á mi cabeza.

—Manuel!

—Si; ya no soy el pacífico aldeano que en otro tiempo surcaba alegremente los campos de su heredad; ahora soy un guerrillero, un patriota, un rayo vengador, al cual los franceses llaman *El bandido*. Salvador! el cielo conjurado contra nosotros se aplaca al fin, puesto que nos ha reunido; tu me ayudarás á vengar á mi madre y á mis pobres hermanos, sacrificados inhu-

manamente.

—Si te lo juro!

—Vamos, pues, sígueme, la vida de privación y de fatigas que me he impuesto ha bronceado mi tez, pero ha regenerado mi alma, Dios ayude nuestra empresa!

Dijo y partió velozmente. Salvador apenas podía seguirle; tomando por la brida á su caballo, recorrió en breve todo el sendero, hasta llegar á la arruinada habitación. Manuel entró en ella, y en el ángulo izquierdo levantó con cuidado una piedra y depositó, en un hueco que aquella tapaba, un papel doblado y sellado. En seguida salió, y junto con Salvador emprendió el camino del cerro, por donde aquel le había visto bajar. Anduvieron de este modo largo trecho, guardando profundo silencio; y al fin penetraron en un monte de encinas y abetos que se extendía por toda la falda de una gran montaña; cercanos ya á la cumbre, paróse de repente Manuel, diciendo:

—Aquí es.

Y atravesando un puentecillo, hecho de toscos maderos, debajo del cual corría un torrente mugidor, entró en un caserío arrui-

nado, cuyas vetustas paredes denotaban su antigüedad, y que por la forma de los aposentos, parecía haber servido para una explotación rural.

—Entraron los viajeros, se echó pienso al caballo y despues, á la pálida luz de una lámpara, comenzó el guerrillero su narracion.

UN EPISODIO

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Bella, horrida Bella!

VIRGILIO.

«Cuando llevado del irresistible deseo de adquirir gloria en el arte que profesabas, te ausentaste de nuestra apacible morada, impulsado tambien por nuestra dureza de la que, Dios lo sabe, bastante nos arrepentimos, determinamos dar mayor ensanche á los terrenos que cultivábamos. Nuestra buena madre, inconsolable á causa de tu partida, no quizo mezclarse en nada; conociamos, y llegamos por último á

apreciar debidamente el motivo de su tristeza y la justa queja que de nuestro proceder duro y cruel tenia. Con el fin de reparar en cierta modo nuestro mal comportamiento para contigo, tratamos á fuerza de trabajo de mejorarar nuestra posicion, y de proporcionar á su vejez todas las comodidades compatibles con nuestro estado. Celebramos, pues, varias escrituras de arriendos con un señor vecino; con algunos ahorros aumentamos nuestro ganado, plantamos olivares, desmontamos terrenos hasta entonces incultos, y procuramos dar direccion á pequeñas fuentes que nacian en este monte, para que nos proporcionasen el riego que exigian nuestros vastos plantios. Dios bendijo nuestra labor y constancia, y últimamente pudimos agregar á nuestra reducida habitacion, un cuerpo de edificio para que sirviese de granero y pajar. Asi prosperamos durante dos años, hasta que en Setiembre del tercero ocurrió el acontecimiento horrible que segó la existencia de nuestros parientes y cambió enteramente mi destino.»

«Una noche oscura y tempestuosa, de las pocas que se ven en nuestro privilegia-

do clima de Andalucía, nos habíamos reunido temprano en torno del hogar; nuestra madre hilaba al amor de la lumbre; Pedro, fatigado, descansaba en el viejo sillón de nuestro padre, y yo me entretenía en componer algunos aperos de labranza. Hablábamos de ti, hacíamos comentarios sobre tu suerte, y como ignorábamos tu paradero nos era imposible adquirir noticias tuyas. Te creíamos en Madrid ó quizás en país extranjero. — «Oh!, decía nuestra madre. debe ser feliz, puesto que no nos escribe; si le apremiara el infortunio hubiera acudido á su madre. La ventura es un egoísmo que enfria el corazón.» — Procuraba yo entonces disculpar tu silencio, alegaba en el estado del país, la dificultad de las comunicaciones, el ímprobo trabajo á que debías sujetarte para traspasar la medianía y granjear un nombre entre los buenos pintores de la época. — A todas estas razones contestaba ella con repetidas inclinaciones de cabeza que indicaban duda y desconsuelo, y siempre concluía con decir: — Mi pobre Salvador! quizá no he de volver á verle.

«El viento silvaba entonces con furor; una lluvia fina y continua empapaba la

tierra, cuando me pareció percibir en lontananza los prolongados ladridos del perro. Levantéme sobresaltado, y sin participar á mi madre mi inquietud me abalancé hacia la puerta. Los ladridos se oían mas cercanos, pero la lóbreguez de la noche no me permitía ver los objetos. De repente sentí el ruido de apresurados pasos, y por un movimiento intuitivo de defensa personal, retrocedí en busca de mi escopeta y me presenté de nuevo en el umbral. Pedro despertó entonces y acudió presuroso á mi lado, mientras que mi madre amedentada con mis preparativos belicosos clamaba sin cesar para imponerse del motivo que ocasionaba nuestros temores.

«A poco rato distinguí perfectamente la acompasada marcha de algunos hombres que atravesaban el sendero bordado de arrayanes y peonías, y que escoltados por el perro que de vez en cuando gruñía ó ladraba, se dirigian á la habitación. Grité entonces cuanto pude, exclamando: «¿Quiénes sois, señores?» pero ellos en lugar de responderme seguían avanzando. No dudé ya de que fuesen ladrones, é iba á tomar las precauciones para ejecutar un vigoroso,

defensa, cuando me pareció distinguir ayes y gemidos; mudé entonces de táctica y resolví esperar a pié firme el resultado de esta aventura.

«En breve llegaron á la puerta los desconocidos, trayendo sobre una especie de camilla á un hombre, al parecer gravemente herido. Venían todos armados y uno de ellos me dijo apresuradamente: «En nombre del Cielo, buen hombre, permitidnos depositar en vuestra casa al valiente H... — Pero, señores, dije yo; quisiera saber

==El tiempo urge, me contestó el militar (pues ya habia reconocido su uniforme) los maldados enemigos nos persiguen, y si....

==No le dejé acabar la frase, y recordando al punto las instrucciones de nuestro buen padre: — «Entrad, les dije; estais en la morada de un patriota español. «Apretóme la mano con efusion mi interlocutor, y todos se apresuraron á penetrar en la habitacion. Eran una docena poco mas ó menos; hombres decididos, pertenecientes á una de esas compañías francas que bajo el nombre de guerrilleros hacian una guerra implacable á los invasores. Sorprendidos al anocheecer por triplicadas fuerzas, habian combatido

valerosamente, hasta que un bala fracturó una pierna al bravo capitán que los mandaba. Cayó el valiente, y sus soldados ansiosos de socorrerle y temerosos de que cayese en poder del enemigo, se agruparon en torno suyo, formando un baluarte con sus cuerpos, y dando lugar de este modo para que algunos de ellos trasportasen al herido lejos del campo de batalla. Principiaba á anochecer y la oscuridad favorecía sus intentos, si bien se redobló la furia de los franceses cuando supieron la escapatoria del que á costa de tantos afanes buscaban. Siguieron peleando los intrépidos guerrilleros hasta que cambiaron enteramente su frente de batalla, para engañar á la columna enemiga que intentase salir en su persecucion; y de repente, emprendiendo la retirada, treparon por los montes, cuyos vericuetos conocen perfectamente, y dejaron aturdido al enemigo que esperaba conseguir su completo esterminio.

Protegidos por aquella maniobra, pudieron los que custodiaban al enfermo llegar hasta nuestra habitacion. Su intento era penetrar por la sierra hasta el sitio en que ahora nos hallamos; pero aumentando-



se cada vez mas los dolores del herido, merced al frio y á la lluvia que dificultaba el paso, resolvieron detenerse en nuestra casa.

«Hasta entonces, te lo confieso, hermano mio, poco ó nada me habia ocupado del proceso que á la sazón se ventilaba en la península. Separada nuestra heredad de la carretera, escasas noticias adquiria, no cuidandome tampoco de adquirirlas. El gran nombre de Napoleon me fascinaba; y el egoismo que se apodera casi siempre de los hombres felices habia embolado las fibras generosas de mi corazon. Es preciso sufrir para que se despierte la abnegacion y el heroismo; y como nada habia sufrido aun con el trastorno politico que experimentaba mi patria, aceptaba los hechos consumados como deducciones forzosas de semejante estado de cosas.

La vista del moribundo guerrero produjo en mi alma una profunda impresion. Comencé á concebir cuan grandes eran las penas que aquejaban á la nacion, cuando hijos suyos se arrojaban de este modo á una lucha al parecer desesperada, y que solo la fuerza del odio ó el fuego del entusiasmo podia prolongar. Prodigué pues al herido

los mas minuciosos cuidados: mi buena madre vendó su herida, y despues de despachar á uno de los soldados al pueblo mas cercano en busca de un médico, discutimos el partido que en tales circunstancias debiamos tomar. Ocurriónos al punto que los franceses interesados en su perdicion no dejarían de enviar en seguimiento suyo varias partidas en todas direcciones; que era fácil descubriesen este retiro, y que antes de todo convenia poner al Sr. de H..... al abrigo de la persecucion, al menos momentáneamente.

Determinamos, pues, transportarle al pajar, lleno en aquella época de paja y heno, porque acababamos de encerrar nuestras cosechas. En efecto, así se verificó; y le colocamos en la cúspide del monton que casi tocaba al techo, en el cual abriamos un respiradero suficiente para que circulase el aire sin llamar mucho la atencion.

Pasamos toda la noche en aquella faena, prometiéndonos un éxito feliz. Los guerrilleros despues de ayudarnos, tomaron el camino del monte con el objeto de permanecer en él ocultos y no despertar en caso

de registro, pero siempre á la mira, por si su presencia pudiera sernos de alguna utilidad.

Durante la mañana siguiente no ocurrió nada de particular a no ser la llegada de un cirujano adicto, que despues de curar al enfermo se refirió, ofreciéndonos volver al otro dia. El soldado que le habia traído se quedó con nosotros, tomando yo la precaucion de disfrazarle para evitar comentarios: A la tarde observamos á lo léjos un fuerte destacamento francés que se dirigia á la casa. Aunque procuraba ostentar serenidad mi corazon latia fuertemente, y á medida que el peligro se acercaba, sentia un aturdimiento, un mal estar inesplicable que no me pronosticaba cosa buena.

El oficial que lo mandaba se aproximó y nos preguntó brutalmente si habiamos visto pasar á un oficial herido, con tales y cuales señas. Mi menbra fué sublime; díjele resuellamente que no. Pareció entonces como conveacido; pero al punto, mudando de idea, penetró en la casa.

—¿Con qué nada habeis visto? dijo con tono interrogativo, mirandonos á todos á la vez.

—Nada, respondimos en coro.

—¿Un oficial herido, cargado por algunos guerrilleros? Importa mucho al servicio de S. M. el Rey José primero dar con las huellas de ese fugitivo.

Tuvimos la cobardía de inclinarnos cuando nombró á ese tirano intruso.

—Como nuestra casa queda tan retirada del camino! dije yo.

Por eso mismo, replicó, ¿Creeis que haya buscado asilo en los puntos frecuentados?

—No puedo decir nada jamas nos ocupamos de lo que atañe al Gobierno

Sentóse el comandante enemigo, al parecer satisfecho de nuestras respuestas; pidió algunos refrescos, y ya se disponia á marcharse, cuando entró apresuradamente un soldado diciendo en malísimo español:

—Mi comandante, he oido gemidos en el pajar

«El oficial nos miró á todos con suma desconfianza y luego, dirigiéndose á mi madre, cuya inquietud se hacia cada vez mas palpable, dijo con desabrido tono

—El herido está aqui; entregádmelo y respondo de su persona, pues tengo órden

de llevarle al cuartel general vivo ó muerto.

«Una ráfaga de indignacion iluminó las pálidas facciones de Rosalia dejándonos á todos asombrados la altiva expresion de desden con que respondió á las exigencias del oficial.

—Teneis razon; el valiente H. . . . está aqui; y aunque el estado de su herida no es de ningun modo satisfactorio, con todo sabed que estais en casa de un valiente defensor de la patria, cuya viuda conoce demasiado bien sus deberes para entregar cobardemente á un bravo patriota que ha combatido siempre por su Rey y por su independencia

«Señora! exclamó colérico el gefe enemigo.

—Lo dicho, dicho; replicó nuestra madre, y abriendo al punto un arca, sacó de ella el uniforme de nuestro padre, añadiendo:

—Ved si miento: conoceis este uniforme; es el de los libres. Ah! ¿os horripilais?

«El ceñudo y harto imprudente oficial, sacó el sable y se abalanzó hacia mi madre; pero Pedro, mas ligero que el pensamiento, le detuvo el brazo, alrayendo so-

bre si toda su rabia.

«Entretanto el guerrillero y yo, armados de nuestras escopetas, nos parapetamos con mi madre en la alcoba. A los gritos del comandante, que en valde luchababa por desasirse de las manos de hierro que le sujetaban, acudieron todos los soldados, y al punto cayó Pedro cadando en su sangre, y atravesado el pecho á bayonetazos.

«Libre ya el oficial, corrió hácia el aposento en donde nos hallabamos resueltos á vender caras nuestras vidas; dió al mismo tiempo orden para incendiar el pajar, pues le era imposible penetrar en él desconociendo la entrada secreta. Sus bárbaros mandatos se ejecutaron. El incendio se propagó con suma rapidez, alimentado por la paja y demas materias inflamables. Incapacitado el pobre herido de hacer ningun movimiento para salir de tan apurada situacion, pereció al fin ahogado por el humo.

«Entretanto las llamas, semejantes á un mar embravecido, lanzaban su resplandor siniestro por un marco de luz que teniamos en frente, y amenazaban invadir nuestro estrecho refugio; apremiados al fin por el calor sofocante que se difundia,

y arrebatados por nuestra desesperacion, resolvimos abrirnos paso al través de los enemigos, y aprovecharnos de la confusion que el incendio y un vigoroso ataque que á la parte de á fuera sostenian, nos proporcionaban para salir. Pero! cuan fatal nos fué esta resolucion! Apenas abrimos la puerta cuando, sin darnos tiempo para usar de nuestros fusiles, hicieron sobre nosotros una descarga cerrada que, hiriéndome á mi levemente, mató á nuestra madre y hermano, asi como al fiel guerrillero que nos acompañaba. Con el dolor agudo que experimenté, caí en un profundo desmayo, que los enemigos achacaron á muerte verdadera, y viéndonos sin movimiento, volvieron contra los valientes españoles que en gran número habian acudido á nuestra defensa, avisados por los de la escolta, que siempre temieron nos sorprendiesen.

«Los franceses hicieron prodigios de valor para salir del encierro en que los tenian bloqueados los nuestros, y al fin, á costa de una pérdida inmensa y á favor de la oscuridad que habia venido á ocultar este drama horrible, pudieron salvarse algunos dejando abandonada la alquería á los ven-

cedores.

«Estos buenos compatriotas, libres ya de enemigos, se apresuraron á reconocernos, por si quedase aun alguna esperanza. En efecto, volví en mí, pero fué para caer de nuevo en un delirio espantoso que me pasó á orillas del sepulcro.

«Transportárome á este sitio, juntamente con los cadáveres de mi familia que enterraron cerca de aquí, y cuyas tumbas lo enseñaré; y yo, sediento de venganza, juré guerra eterna á mis verdugos, y no descansar nunca mientras hubiese un solo enemigo en nuestro territorio. Ya ves como cumplo mi palabra.»

Cesó de hablar el guerrero, y Salvador, mirándole de hito en hito destrozado el corazón con el horrible relato que acababa de oír, exclamó:

—Hermano mio, lo répito, es necesario vengarnos. Sí; te confieso que he hecho algunos adelantos en el arte que profeso, que he adquirido alguna gloria con mis producciones, y que la dulce coyunda de himeneo me liga para siempre á una mujer encantadora; pues bien, estoy decidido; todo lo sacrificaré para cumplir dignamente

con el santo deber que nos llama. Dispon de mi, de mi vida, de mis haberes. Todo es tuyo, todo pertenece á mi patria.

Manuel, lleno de gozo, le abrazó con efusion, y en seguida le dió parte de sus proyectos.

— El papel que me viste ocultar esta noche dijo, contiene órdenes secretas para todos nuestros amigos. Mañana al anocheecer se reunirán aqui y partiremos para obrar de concierto con el bizarro Don Juan Martín, terror de los enemigos. Desde este momento te admito en nuestras filas. Toma, añadió entregándole una hermosa escopeta de Vizcaya, vas á principiar ahora mismo tu servicio.

Y le condujo fuera de la habitacion á la entrada de un virecueto pendiente y muy escarpado que comunicaba con la llanura.

—Nadie ha de pasar por aqui, dijo Manuel, sin responder *Iberia*, y sin llevar chaqueta con alamares negros. Esta es tu consigna. Al amanecer vendré á relevarte.

En seguida dejó solo á Salvador y entró de nuevo en la arruinada casa.

EL EMPECINADO.

Podeis decir á vuestro Rey que el Empecinado y sus tropas morirán en defensa de su patria.

Carta de D. Juan Martin al General francés Hugo.

Como lo habia indicado Manuel, reunieronse en la noche siguiente unos 84 hombres; los que provistos de escopetas y cananas, emprendieron su marcha por aquellas sierras, con el objeto de unirse á las fuerzas que capitaneaba á la sazón el valiente Empecinado. Salvador, trocando su traje de ciudadano por el de guerrillero, marchaba como los demas lleno de ardor y animado de una insaciable sed de venganza. Aquel carácter dulce y bondadoso que le distinguia habia casi desaparecido del todo.

Despues de algunos dias de marcha, hecha con las debidas precauciones, llegaron por fin á las alturas de Mirabueno, en donde esperaba el Empecinado sorprender

la vuelta de una columna francesa que habia ido á saquear á Sigüenza. Agradeció en extremo el valiente gefe la llegada de aquel imprevisto socorro, y recibió á los escopeteros mandados por Manuel con las mayores muestras de agradecimiento.

No nos defendremos en referir los hechos ostraordinarios del célebre D. Juan Martín, que durante los seis años de lucha llegó á ser la pesadilla de los generales franceses. La historia contemporánea ha recogido los lauros que adornaron la frente de aquel decidido patriota. Lo cierto es que al momento distinguió á Salvador, y con pecho franco y leal le impuso del verdadero estado de la nacion en tan aciagos tiempos. El vigoroso rostro del guerrero, sombreado por un espeso y desaliñado bigote, le comunicaba cierto aspecto feroz y terrible que contrastaba con la generosidad de su alma, de que no cabe dudarse al ver consignados en los fastos de aquel tiempo los heroicos hechos que solo su valor é inabundable fuerza de espíritu pudieran llevar á cabo.

Dos dias despues de la llegada de los escopeteros mandados por Manuel, tuvo

lugar la accion de Mirabueno, en que los franceses se retiraron con pérdida considerable, abandonando todo el botin que habian hecho. Salvador, que peleaba junto al Empecinado, desplegó en aquel furioso encuentro todo el valor de un soldado y toda la sangre fria de un veterano. Era la primera vez, sin embargo, que asistia á una accion de guerra.

Otros muchos peligros compartió nuestro héroe en compañía del tenodado D. Martin, y muchos enemigos fueron sacrificados á los mares de su asesinada familia hasta que al cabo de seis meses, y hallándose en su cuartel general de Cogolludo, llamóle el Empecinado á su gabinete y le habló en estos términos.

—Querido Salvador; no solo en los campos de batalla y con las armas en la mano se sirve á la patria; he resuelto confiar una mision, cuyo buen éxito depende de vuestra perspicacia y actividad; me he dirigido á vos porque os conozco, y os creo capaz para desempeñarla con toda exactitud. Hé aqui de lo que se trata.

»Hace algun tiempo que el general Hugo y el intendente de Guadalajara no ce-

san de escribirme para que abandone el partido nacional y me una al gobierno usurpador, advirtiéndome que la resistencia solo se encuentra organizada por mí en las provincias limítrofes de Madrid; pero que todas las meridionales obedecen sin murmurar á José y que la lucha que he emprendido es insensata y no tiene objeto alguno, á no ser mi provecho personal. Quiero, pues, desmentir sus falsas razones. Es preciso que las Andalucías sacudan el yugo opresor, y que conozcan Hugo y los suyos que los franceses no tenían aquí mas territorio que el que pisan.

» Varias veces me habeis dicho que tenéis en Sevilla muchos amigos que no esperan sino una señal para alzarse contra la tiranía que nos oprime; pues bien, enteraos de estos despachos; para que conozcaís hasta que punto se halla desacreditado el gobierno usurpador. Massena está en completa retirada: id á la capital andaluza; organizad allí la resistencia; incitad el celo de los buenos patriotas. Si conseguís estos fines la España se salvará; se estremecerán sus enemigos, y la conquista será imposible.»

Así habló el bizarro gefe, y Salvador, avezado á los peligros, prometió cumplir con eficacia su cometido. Seis meses habian ya trascurrido sin recibir noticias de su esposa. Alegrábase, pues, de un suceso que, ademas de proporcionarle una brillante ocasion para servir á su pais, le permitia volver á ver á Carolina, único objeto de sus pensamientos durante las largas veladas del invierno, ó en medio de los azares de la guerra. Muchas veces le asaltaba la idea de cual seria la inquietud de su esposa, al notar el profundo silencio que guardara por tanto tiempo; pero consolábase advirtiéndole que la ausencia, lejos de haber debilitado en él su pasion, la aumentaba cada dia, supuso, con bastante probabilidad, que obraria igual efecto en su esposa, y gozaba de antemano con la esperanza de las dulces caricias que le aguardaban á su regreso.

Con este motivo apresuró su viage lo mas que pudo; y últimamente, despues de despedirse de su hermano y del denodado D. Juan Martin, salió de Sevilla, disfrazado de aldeano Manchego, para no llamar la atencion en caso de encontrar par-

lijas enemigas en el camino,

LA QUINTA.

Dejemos á Salvador seguir alegremen-
te la carretera, y volvamos á Carolina, que
desde el mismo día de la partida de su es-
poso se habia trasladado al palacio de la
Condesa.

La jóven esposa vió partir á Salvador
sin sobresalto ni pesar; y halagada de con-
tinuo por su perversa madre adoptiva,
pudo entregarse sin recelos á su pasion do-
minante; el placer. Carolina, filósofa de
diez y nueve años, materialista hasta el
extremo, juzgaba que cumplia con lo que
ella y la malvada Condesa llamaban *con-
veniencias sociales*, siempre que su conduc-
ta relajada permaneciese oculta á los ojos
de la multitud. Tenia sobre el matrimonio
las ideas mas singulares, y partidaria de
las avanzadas doctrinas del club fememil
que allende los Pirineos proclamaban la in-
dependencia de la muger, no creia faltar
á sus compromisos de casada admitiendo
los obsequios de todos los casquivanos que
andan á caza de fáciles conquistas.

Por eso el Conde Alfredo logró alcanzar sobre aquel *esprit fort* todas las ventajas que un seductor de profesion sabe adquirir con destreza y conservar despues por cálculo.

El peligro que en un principio había parecido inminente á los agentes y amigos de la Condesa, no amenazaba ya tanto, merced á algunas marchas estratégicas del ejército francés; y por esta circunstancia determinó la Sra. de D.... aprovecharse de aquella bonanza para recoger ciertas sumas colocadas en varias especulaciones, vender sus heredades y hacer pasar sus fondos al extranjero, para si amenazase una repentina desgracia poderse salvar fácilmente con su fortuna.

Sin embargo, no era ya muy seguro permanecer en Sevilla, señalada como lo estaba su casa por foco y centro de todas las operaciones del nuevo gobierno, y á fin de conciliar sus ulteriores planes con su seguridad, determinó trasladarse á su casa de campo, situada á algunas leguas de la Ciudad y la misma que en su primer viaje había dibujado Salvador. Comunicó sus intentos á Carolina que convito al

punto y en esta virtud declaró por la noche á sus adictos que partiría al día siguiente para su quinta de San Juan.

En efecto, á las cuatro de la tarde entró la carretela de la Condesa en la hermosa calle de plátanos del Líbano que conducia á la escalinata de la quinta, y una hora despues Carolina y ella, despojadas ya del incómodo vestido de camino, platicaban familiarmente al amor de la lumbre hasta que las llamaron á la mesa. La comida duró poco; fatigadas del viage y deseosas de descansar, cada cual se retiró á su habitacion, precipitadamente preparada, pero que no carecia por eso del *comfort* propio de las señoras de su rango.

Mientras descansan, pondremos al lector en pocas palabras al corriente de aquella hermosa posesion.

La quinta de San Juan era un edificio de pesada arquitectura; cuya fecha remontaba á dos siglos; y aunque despues habian hecho en él sus diversos dueños varios mejoras, el conjunto ofrecia siempre el aspecto de mal gusto que se nota en las fábricas de aquella época. En cambio los jardines eran hermosísimos, dignos del suelo

que los sustentaba. y los estanques, bosquecillos, invernadores y grutas eran obras maestras del buen gusto. Estendianse á lo lejos vastas tierras de labor, salpicadas de blancas casitas, en las que residian los colonos de la Condesa, y coronaba aquel lindo cuadro un estenso olivar que como una verde guirnalda serpenteaba por las alturas. La señora D.... ocupaba las habitaciones del ala izquierda y Carolina las de la derecha, semejantes en un todo. La servidumbre se alojaba en el fondo. El gran salon de recibimiento comprendia el primer piso á lo largo de la fachada, y las viviendas bajas se reservaban para los huéspedes ó forasteros que pernoctaban en la quinta. Todo estaba alhajado con primor y segun el gusto moderno.

En los dias siguientes las Señoras recibieron las visitas de algunos hidalgos de la vecindad que con la mas estirada etiqueta las ofrecieron sus homenajes; bien pronto hubieron encontrado sobradamente monotonía la vida que llevaban, á pesar de sus paseos y diversiones campestres á no llegar un refuerzo que diera animacion á tan

insufrible soledad. El Coronel Alfredo y otros amigos de la Condesa vinieron á pasar algunos dias en su compañía.

EL PASEO.

Dijo el espíritu tentador:

--- A vos, la mas hermosa criatura de la naturaleza, os han prohibido comer de esta fruta. Comedla y sabreis tanto como Dios.

LA SERPIENTE.

En una de aquellas deliciosas tardes que solo se ven en Italia ó en España, esos dos jardines de la Europa meridional, proyectó la sociedad de la condesa salir á paseo por las pintorescas huertas que se ostentaban en las márgenes del Guadalquivir.

Carolina que desde los dias anteriores sufría la maligna influencia del conde, cometi6 la simpleza de escogerle por su *caballero sirvente* y asida de su brazo caminaba por aquellos senderos alfombrados de yerbas y esmaltados de flores. El tiempo estaba hermosísimo los pájaros cantaban en la en-

ramada, como hubiera dicho Melendez, y los naranjos ostentaban sus dorados frutos. La condesa iba acompañada por su parte de su más reciente adorador; unos de esos *viejos-jóvenes* que en todas épocas se encuentran; seres privilegiados para quienes pasa el tiempo sin dejarles arrugas en la frente ni cabellos blancos en la cabeza. Todos se adelantaron, mientras que el coronel, con la mira puesta en sus proyectos, se mantenía constantemente detrás, aunque á distancia conveniente.

—Avivemos el paso, Alfredo, dijo Carolina riéndose; pues creerán esos señores, al ver que os deteneis á cada instante, que estais dándome una lección de botànica.

—Qué singular muger sois, Carolina de todo os reis. Os aseguro que comparadas con vos, mis alegres paisanas darían envidia á una reunion de académicos.

—Y porqué no he reir, señorito?

—Porque vuestra alegría es un sarcasmo para mí.

—¿Para vos? replicó Carolina, poniéndose seria.

—Oh! no os enojeis, señora, porque entonces preferiré vuestras burlas á vuestro

enojo.

—Ahora me toca á mí deciros que sois muy singular, caballero.

—Decid todo lo que os acomode: matadme si es preciso, pues no tengo el derecho de quejarme. Hicisteis á otro feliz, y á mí, ni siquiera ese cariño que me concedisteis entonces quereis dispensarme ahora.

La jóven se ruborizó un poco y contestó.

—Alfredo, estoy casada!

—Si, casada..... pero ¿sois feliz?

El diestro condesito la examinó atentamente.

Carolina suspiró.

Prosignió Alfredo.

—La ventura es una silfide tras la cual corremos todos, á veces no la alcanzamos, porque equivocamos los senderos

Nada respondió la jóven.

Añadió el seductor.

Vos teneis la culpa del mal que me devora. Graciosa y amable en demasia, me habeis concedido favores que reputais fruslerias, lo sé, pero que en otros paises serian considerados por un amante como las garantías de su dicha, como los precursor-

res de la felicidad.

—Alfredo, me echas en cara mi bondad, mi ligereza tal vez!

—Echarosla en cara, decis! ¿Cómo pudiera hacerlo si son los únicos recuerdos que en mis noches de fiebre logran calmar el martirio que destroza mi alma? No, no me entendéis..... Os recuerdo todo esto, porque mis tormentos han llegado á ser horribles; porque sufro el suplicio de Tántalo; por que me presentais bajo mil formas seductoras la dorada copa del placer, á mi, sediento y perdido de amor por vos, y luego la retirais sin compasion. Oh! sois muy cruel Carolina.

La jóven, mas que conmovida, apretaba convulsivamente el brazo de Alfredo, y el color encendido de sus mejillas, asi como las palpitations de su pecho, revelaban su turbacion.

Aprovechóse de ella el diestro seductor pasa en otro sendero, al parecer solitario, sin que Carolina lo echase de ver. Su objeto era acabar de una vez con las vacilaciones de su victima, apareciendo á sus ojos como el héroe de un escena terrible que habra combinado la yispra con la condesa, y es-

perando triunfar así de la débil resistencia que oponía aun á sus deseos la turbada Carolina.

Continúa el Conde.

=Alma mia, ¡cuántos sacrificios he hecho por vos! ¡por vos, la única lumbrera de mi espíritu! Aun tengo en mi poder la carta fatal que apartó para siempre mi destino del vuestro. Sus últimas palabras fueron siempre un enigma para mí... Ay! hasta ahora, todavía espero su resolución.

—En verdad, Alfredo, el ataque es algo brusco; y no lo esperaba de vos. ¿Necesitais que os explique las últimas palabras de aquella carta fatal? Pues bien, os las explicaré. *Ese hombre* me fascinaba; ese hombre creaba como un Dios; debajo de sus pinceles aparecían bellezas tales que me figuraba admirar las obras de uno de aquellos fantásticos géneos de los cuentos orientales. ¿Qué os diré, Alfredo? Quise pertenecer á *ese hombre* quise compartir con él la corona de gloria que ceñía, reposar con él bajo el magnífico dosel que la admiración general le había alzado. Esta fué mi ambición. Vosotros los hombres, no, no sabéis hasta donde alcanza la imaginación, el de-

seo de una mujer. Pues bien; quise perfeccionar à *ce* hombre y lo conseguí.

Alfredo replicó con sorna.

—Y sin embargo esa envidiable situación os fastidió à los tres dias.

—Sr. Conde!

—Lo conocí, Carolina, y si sois franca conmigo no lo disimulareis. Yo, al contrario, os brindaba con un cielo de delicias: os hubiera llevado á ese mundo de placeres, donde los hombres son esclavos y todas las mujeres reinas, á Paris, *en fin*. Vuestros encantos tan distinguidos....

Los ojos de Carolina brillaban como dos ascuas. Notaba el Conde este progreso y trató de apresurar el desenlace.

—Oh! decid una palabra, una sola, hermosa mia, y sucumbiré sin duda ó enloqueceré de júbilo . . . Partiremos de aquí... Yo tambien soy rico... Dejaré el servicio militar é iremos á Francia. En las orillas del Loira poseo un lindo castillo rodeado de secutares chopos.... Allí viviremos tranquilos el uno para el otro; allí sereis mi condesa mi hermosa castellana Mis jardines reanimarán el esmalte de sus flores para saludaros. Y mis estanques se admirarán viendo esa

fragante rosa de Andalucía reflejarse en sus cristales. ¡Que vida nos espera, ángel mío! Durante el día cogemos ramilletes y durante la noche nos amaremos. Nuestra existencia se deslizará tranquila y bonancible, como el manso arroyuelo que fecundiza la pradera.

La agitación de Carolina había llegado á su colmo, é iba tal vez á ceder á las pomposas declamaciones de su amante, cuando un incidente asaz común en aquellos lugares para que la jóven lo creviese preparado, vino á helar en sus labios las dulces esperanzas que tan afanosamente recogía el Conde.

Durante la armoniosa plática habían llegado los amantes á un terreno quebrado é inculto, rodeado por un zarzal espeso. No lejos de allí pastaba la torada de la Condesa. De repente un novillo, aguijonéado sin duda por algún travieso pastorcillo, divisó á nuestra pareja, é indignado con la audacia de estos visitantes, arremetió ciegamente hácia ellos. Carolina, mas muerta que viva, se arrojó en los brazos del Conde. Este, afectando el arrojo que en semejantes casos ostentan los amantes, puso en salvo á la

asustada joven, colocándola detras del seto de zarzas, y avanzando con denuedo al encuentro del iracundo animal, tomó del suelo la capota de Carolina y la tiró á la cabeza del toro con todo el aplomo de un chulillo.

Carolina, sobresaltada en extremo, poblaba el aire con sus gritos. Vió de repente bambolear á Alfredo, y pasar la fiera con la rapidez de una flecha junto á él. Luego le vió caer en una zanja profunda; y despues no distinguió nada mas; sus ojos se cerraron, y cayó sin sentido sobre la yerba.

Al punto acudieron algunos zagales apostados allí de intento, y facilmente lograron apoderarse del harto dócil, animal que entretenido en destrozar el tejido que en cubria, no pensaba ya en el conde ni en la linda dama. La pedrada que recibió en el guerno derecho le advirtió de la presencia de los pastores, que, preparadas sus hondas, amenazaban al mas que manso animal, con una tempestad de guijarros, si no retornaba á unirse con sus compañeros. Asi es que emprendió mas que de prisa el

camino por donde habia venido.

El conde, no obstante, seguro del efecto que debió producir en el ánimo romanesco de su víctima la bien ejecutada comedia que tan hábilmente representara, salió de la zanja con algunas contusiones en las rodillas y en la cabeza, á propósito para realzar su denodado heroismo, y se dirigió al sitio en donde Carolina yacía aun sin sentido.

En esto llegó igualmente la Condesa y demas personas que la acompañaban, fingiendo gran pesadumbre por tan desgraciado lance, y apresurándose todos á socorrer á la jóven, Presto volvió en sí, y al instante sus ojos buscaron á Alfredo, á su salvador. Vióle de pié, apoyado en una pequeña pared, todo magullado y descompuesto, y corrió hácia el con una espresion de ternura tal, que no pudo menos el conde que convencerse de su dicha.

Carolina confirmó esta seguridad esclamando:

—Alfredo, ¿estais herido? ¿Porqué milagro habeis escapado de tan furioso animal?

—Oh! no es nada, ya lo veis. Quería salvaros y parecer.

—Perecer, ingrato, cuando yo...

No acabó la frase, pero sus ojos dijeron lo demas.

Alfredo habia triunfado.

FUE UN SUEÑO.

¡Cómo pasan las horas,
Cómo pasan los días,
Cómo pasan los años
De nuestra triste vida!

MELENDEZ.

Con qué rapidez se deslizan los días de placer! Carolina entregada á la culpable pasión que sentia por el Conde, habia olvidado del todo al infeliz Salvador; creia de buena fé las engañosas palabras de su amante, y fascinada y rendida apuraba con delicias la envenenada copa del deleite. Jóven y sin esperiencia, buscaba incesantemente mil pretextos plausibles para acallar sus remordimientos y legitimar los resultados de su primer desliz. ¿Donde se hallaba su esposo? Cuatro meses habian transeurrido sin que se dignase informarla ni siquiera de su

paradero. Oh! bien merecida tenia su suerte;

De este modo procuraba engañarse á sí propia la culpable esposa, y cuando contemplaba arrobadas las hermosas facciones de su adorado, el amor sensual recobraba todo su imperio, acallando con nuevos gozes los débiles gritos de su conciencia.

Alfredo habia logrado de aquella linda muger cuanto cabe lograrse de un ser apasionado, tesoro de inefables venturas. Carolina sacrificándole su presente y su porvenir, vivia por él y para él; semejaba el humilde esclavo que se apresura á cumplir con los caprichos de su Señor. El conde, por un espíritu de refinada venganza, se lanzó hasta calumniar y ridiculizar á Salvador, exigiendo de la delicente esposa que coadyuvase á tal vileza; colmo de la degradacion de esta desventurada, que á treque de complacer á su amante no titubeaba en infamar públicamente á aquel cuyo nombre llevaba.

Carolina, sin embargo, presa de vagos presentimientos, insistia siempre en que Alfredo realizase sus doradas promesas; pero éste, satisfechos ya sus deseos, comenzó

á mirar con desvío á la que ántes tanto codiciara, evitando su compañía dias enteros para entregarse al placer de la caza, y tratando á Carolina con glacial urbanidad.

Al punto conoció la infeliz el cambio que se habia verificado en su amante; y harto débil ya para quejarse, sufría en silencio las devoradoras penas que una muger sensible y orgullosa experimenta cuando la indiferencia sucede á la pasion una vez de satisfecha.

Una mañana al despertarse recibió el billete siguiente.

«Carolina: Mi deber como militar y diplomático exige imperiosamente me presente en Madrid, para desde alli evacuar ciertos encargos del Gobierno. Mi ausencia y descuido han sido notados y ya no me es posible permanecer á tu lado por mas tiempo. Olvida si puedes los cortos instantes de nuestra felicidad. Una muger, dotada como tú de brillantes atractivos asi como de talento y perpicacia, deberá consolarse en breve de esta pequeña decepcion. ¿Que quieres? El amor no es eterno; y tú misma me lo has probado olvidando tan pronto entre mis brazos el que juraste a'

grande artista.

«Tal vez nos volvamos á ver algun día, y entonces, despues de que hayas recorrido un brillante y rápida carrera, espero me agradecerás lo que hoy hago por tí, puesto que de mi amor nada bueno podias prometerte.—Tuyo, Alfredo de B....

Es imposible describir el efecto que produjeron en la infeliz Carolina las sarcásticas palabras que acabamos de transcribir. Un rayo caido en aquel instante á sus piés no hubiera trastornado tanto el sistema nervioso de aquella pobre víctima de la mas inicua seducción. Agolpóse toda su sangre al cerebro; su boca se contrajo; un frio mortal se apoderó de ella, seguido de un temblor epiléptico que desfiguró al momento sus admirables facciones, y cayó sin sentido en el pavimento lanzando un horroso grito.

Sus doncellas acudieron, y encontrándola fria é inanimada, dieron parte á la condesa de este acontecimiento, despues de colocar aquella masa inerte sobre la cama. Llegó apresuradamente la señora de D.... y pudo contemplar á su sabor los resultados de obra. Aquella hermosa mu-

ger, que una hora ántes se ostentaba lozana y segura en el sendero tortuoso que habia elegido, desplomábase herida de muerte al primer soplo de la inconstancia. Algunos remordimientos afligieron el corazón seco y marchito de la condesa; y al contemplar el estrago que de día en día se manifestaba en la desesperada jóven que un tiempo la llamó *su madre*, un impulso de fugitiva compasión desterró por unos días el rencor que abrigaba siempre contra su víctima.

Entretanto Carolina, devorada por la calentura, y presa de un horrible delirio se consumía sobre un lecho de dolor, como la flor tronchada de raíz que pierde insensiblemente sus colores y el aroma que perfumaba el valle. En su profundo desvario llamaba sin cesar al ingrato que así la abandonaba, suplicaba á Salvador, pedia perdón y misericordia, y acusaba sin cesar á la Condesa como origen de todos sus martirios.

Su voz, cual de una sombra evocada del sepulcro, estremecía á la pérfida autora de su desgracia, que, perseguida por aquella perpétua reconvencion, se ocultaba

en lo más recóndito de sus aposentos, para pasar allí los días tristes y las noches sin sueños, espantada de la tremenda espriación que merecía su crimen, y atormentada por las negras zozobras que estrujaban su corazón de harpía

Sus mismos criados, testigos de las terribles revelaciones de Carolina, no se atrevían á servirla; desertaban insensiblemente de aquella mansion horrible, porque en las alteradas facciones de su señora veían á cada paso estampado un sello de reprobación.

EL MOTIN

¿Que ruido es ese que se asemeja al rugido del mar embravecido?

Es el pueblo...

GUSTAVO DROUINEAU.

La retirada del ejército francés que se concentraba en el corazón de España, impulsó las provincias meridionales á oponerse al poder cuya impopularidad crecía á cada paso. El partido nacional se alzó en

Sevilla, y trató de asegurar primero à todos los ilusos que habian aceptado con fé ó por conveniencia el gobierno usurpador. La condesa de D... como se ha visto en el curso de esta historia, hechura y partidaria acérrima de José era una de las mas comprometidas: así es que el pueblo amotinado se dirigió à su palacio, y no hallándola en él, entregóse à cuantos escesos ocurren en semejantes ocasiones. Los lacayos temerosos no presentaron resistencia alguna, y los brillantes salones de la condesa se convirtieron en un desordenado caos. Los papeles encontrados en su gabinete probaron su traicion à la causa liberal, y determinada la colérica turba à hacerse pronta y ejemplar justicia, púsose en marcha durante la noche para sorprender à la señora en su quinta de san Juan.

Entretanto la condesa, cansada ya del espectáculo horrible que de continuo tenia à la vista, deseaba apartarse para siempre de la desolada agonía de su víctima y marchar à Madrid en donde aun esperaba ser bien recibida. Esta idea, semejante à la roca salvadora que de repente encuentra el

desesperado naufrago, la pareció como el último recurso y trató inmediatamente de llevarla á ejecución. En efecto, ayudada de un criado anciano y de una doncella que no quisieron abandonarla, revolvía armarios, cerraba cofres y baules, y se disponia á huir vergonzosamente, desamparando á la infeliz que yacia moribunda, sobre su desordenado lecho.

De improviso un ruido, semejante al que produce la lava de un volcan cuando se precipita mugidora por el declive de la montaña, se oye en la calle de árboles que remata en la fachada. Una muchedumbre enfurecida penetra bajo el ancho vestibulo y se esparce por las habitaciones profiriendo gritos de venganza. Un anciano, á quien parecia obedecer aquella turba armada, diere el saqueo hasta dar con la mísera que busca^han. Las habitaciones solitarias repetian los ecos de muerte y venganza que en rabiosos y descompasados gritos exhalaba la multitud, cansada ya de registrar en vano; pues la infeliz condesa, forzada ya en sus últimas trincheras, habia ido á refugiarse junto á aquella que sufría y moría por su culpa.

Pero la ocultacion era imposible. El peligro crecia por momentos y solo un milagro podia libertarla de tan critica posicion. Ya no era la orgullosa dama que alongaba con desden sus ojos del espectáculo de la miseria; estaba pálida, desencajada, suelto el cabello y temblaba convulsivamente. Tenia miedo á la muerte, á la muerte horrible que veia ante sí. Sabia que el pueblo, justo en su venganza, la buscaba á ella, á ella sola... Oh! cuán tremendo era morir á sus manos!

No habia tiempo que perder, pues la turba encolerizada habia ya penetrado por la antecámara y avanzada rápidamente. Decidióse entonces al último trance, y abalanzándose con fuerza al lecho de la moribunda, exclamó: „Carolina, quieren matar á tu madre!“

En este momento la puerta de la estancia caia hecha pedazos. Las amenazadoras facciones de los invasores se agruparon en el umbral, inciertas un instante, y como petrificadas por el horroroso espectáculo que se ofrecia á su vista.

Los ilacos y descarnados brazos de una especie de espectro rechazaban á la des-

venturada condesa, y palabras de maldición brotaban de sus cárdenos labios. Los ojos hundidos y extraviados de Carolina se clavaron en la turba amotinada, y cual si cediese y un impulso galbánico, incorporóse en el lecho media desnuda, presa de un delirio fébril, herizado el cabello y lívida como un cadáver exclamando.

Tú me perdiste, infame!... tu me entregaste á ese demonio seductor!... Cual niño cansado ya de un juguete le arroja y despedaza, así me habeis ambos arrojado á mi y despedazado... Salvador! Salvador! ¿donde te has ido?... ¿Cómo no cubriste con tus protectoras alas á la mísera á quien diste tu nombre? ¿tu hermoso nombre que he llenado de oprobio?... Alfredo!, miserable, vil seductor!... ¿donde estás? Ven á morir conmigo, para que mi sudario nos encubra á entrambos!... Pero, aquí está la venganza!...“

Dijo, y levantándose altiva y terrible, asió á la aterrada Condesa por los cabellos, y empujándola hácia la frenética turba, exclamó:

—Muerte á la traidora!

—Muera! repítie on mi' bocas.

En este momento una voz descomunal descolló por encima de aquel espantoso huracan de imprecaciones, gritando.

—Deteneos!

Y todos se detuvieron; pero no bastante à tiempo para impedir que cayese la condesa traspasada. Rebolcábase en su sangre à los piés de Carolina, que cual la estatua de la Venganza, permanecia clavada en medio del aposento, silenciosa y como privada de razon

El hombre, cuya poderosa intervencion habia llegado tan tarde, se abrió paso al instante por entre la admirada muchedumbre. Tomó en sus brazos à la extraviada jóven, que se dejó llevar sin la menor oposicion la tendió en su lecho y cerró las cortinas. En seguida levantó la condesa, y apresuróse à vendar su herida. Despues, con planta firme y altivo continente, dirigióse a los amotinados, sacó del forro de su chaqueta un pliego sellado y lo entregó al anciano que los capitaneaba, diciendole:

—De parte del Empecinado; volveos à Sevilla y esperadme allí mañana. Aquí me quedan dos deberes con que cumplir...

—¿Y quien sois? se atrevió à preguntar

el gefe:

—Esta es mi esposa, y aquella es mi protectora; dijo señalando alternativamente ambas camas.

Inclinóse el anciano y dirigiéndose á sus secuaces exclamó:

—He aquí al valiente Salvador, al patriota andaluz!

Todas las cabezas se descubieron al grito de **VIVA SALVADOR!**

Hizo este un gesto, y un momento después pues habían evacuado la quinta . . .

Al día siguiente una misma tumba encerraba dos cadáveres. Salvador había perdonado á la muger adúltera y á la muger vengativa. La una llevó su nombre y la otra le había protegido cuando pobre y desamparado se presentó en la opulenta Sevilla. Pero quedábale aun que cumplir con otro deber: el castigo de un infame.

EPÍLOGO.

La batalla de Victoria había arrancado la España á Napoleon, y una serie sucesiva de desgracia lanzó al coloso á Sta. Elena. Luis XVIII reinaba en París.

El conde Alfredo de Belmont, señor de Morisart, habia sido nombrado ayudante de campo del conde de Artois, pues conguió probar que en tiempo del *Usurpador*, si bien empleado en el ejército, jamas concurrió à acciones de guerra presentando su dimision y volviendo à Paris desde Madrid, cuanto supo que el Duque de Wellington obraba en favor de sus legitimos soberanos, los principes de la casa de Borbon. Esta circunstancia le habia preservado del enojo de Salvador, retenido entonces por sus deberes en el suelo sagrado de la patria.

En uno de los mas elegantes salones de la calle de Helder, se hallaba nuestro favorito departiendo agradablemente con una linda dama de encumbrado linage. La señorita de Hercourt estaba ya desposada con Alfredo, y dentro de algunos dias debia firmarse las capitulaciones matrimoniales. Hablaba la jóven de la reciente esposicion de pinturas, y decia à la sazón.

—¿Es posible, querido, que à pesar de tus escursiones por España, no hayas podido decirme aun quien es el artista que ha presentado el hermosísimo cuadro que tanto ha llamado la atencion?

—Ah! el de la jóven que muere al recibir una carta? dijo el conde algo sério.

—Ese mismo. No tiene mas firma que *Salvador*.

—En efecto, conocí á un artista que llevaba ese nombre. Un pobre diablo que dejó á su muger para ir á tirar escopelazos á los franceses.

—¿Sabes que llegará á ser otro *Salvador Rosa*?

—Ni *Salvador*, porque no acertó á salvarse de un lazo que se le tendió, ni *Rosa*, por que la que poseia tiempo hace que ha perdido su fragancia.

Y se echó á reir el conde como celebrando su chiste de mal gusto.

La jóven bajó los ojos.

Durante este pequeño diálogo no reparó *Alfredo* en un caballero vestido de riguroso luto, que mirándole fijamente, no habia perdido un ápice de su conversacion, ni del epígrama sangriento con que la concluyera.

Al siguiente dia, el conde retornó á su casa, con una bala en el corazon, y acompañado de su padrino. El duelo habia sido á muerte. La señorita de *Hercourt* recibió

easi al mismo tiempo el billete siguiente:

«El artista español por quien os dignásteis interesaros anoche, ha matado en duelo esta mañana al Conde Alfredo. Vuestro prometido era un infame indigno de vos. Sedujo vilmente á una muger hermosa y la abandonó en seguida. La muger ha muerto pidiendo venganza.....
Salvator, ya que no acertó á salvarse, ha acertado á vengarse del lazo que se le tendió; y su Rosa aunque sin fragancia, descansará ahora tranquila en su sepulcro.»

Por mas averiguaciones que se emplearon, jamás se dió con el paradero del pintor español que espuso en el salon del Museo de Paris el famoso cuadro de LA MUGER MORIBUNDA, premiado por la Comision. Esta magnífica pintura existe aun hoy dia en las galerias de Versailles.

FIN.